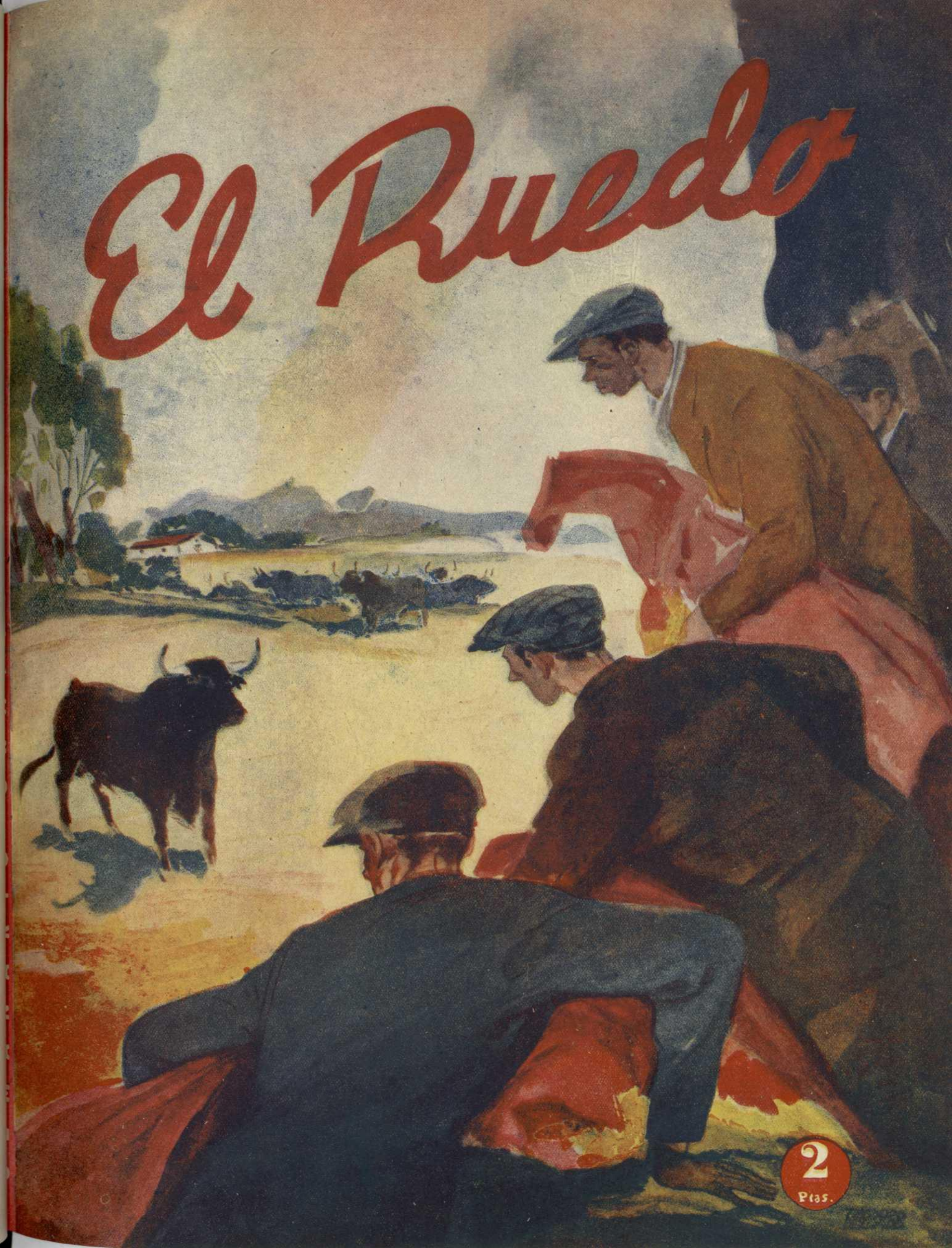


# El Ruedo



2  
Ptas.



JAAVEDRA

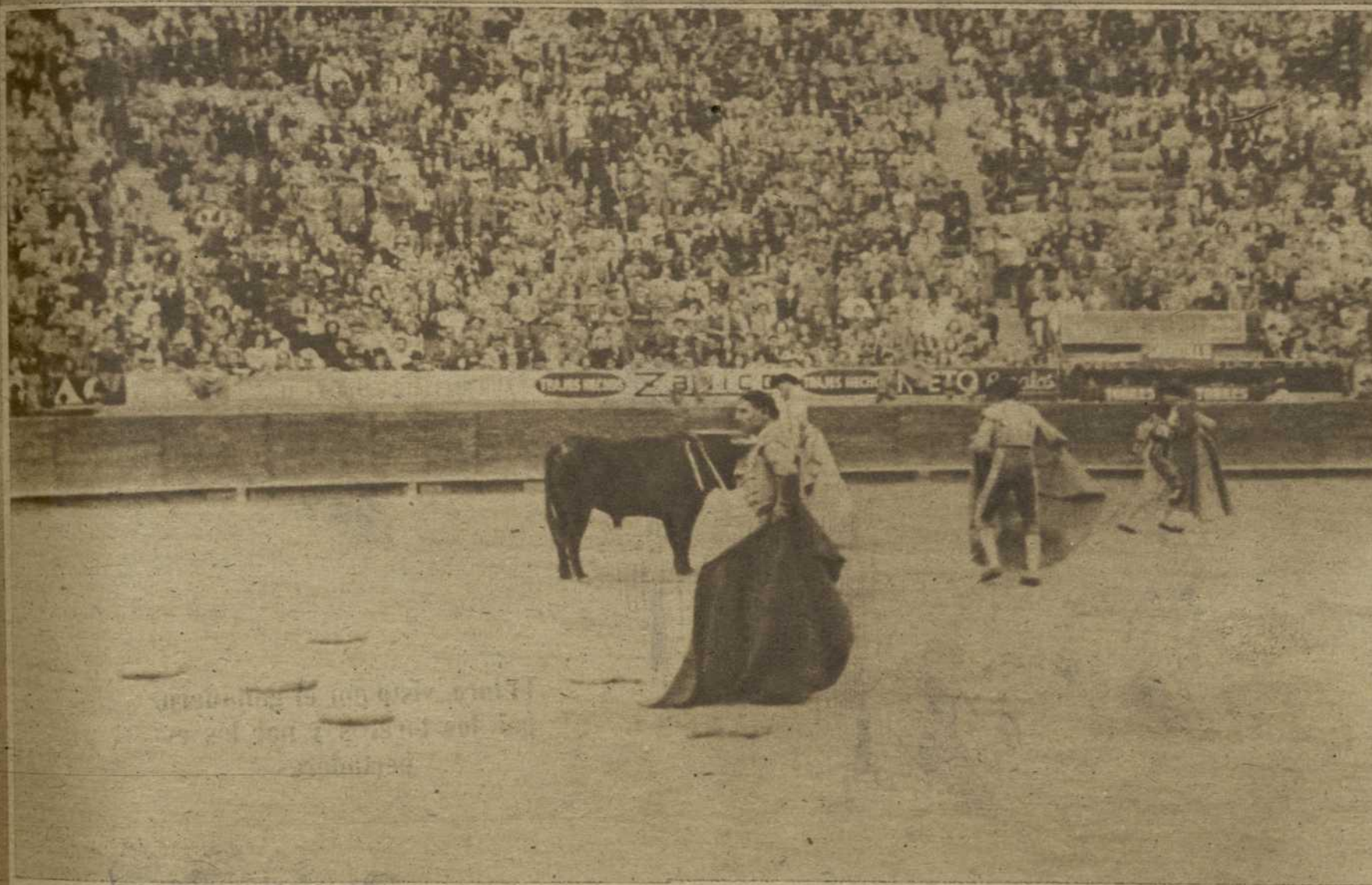


# El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNÁNDEZ CUESTA

Año IV - Madrid, 23 de enero de 1947 - N.º 135



**E**R mitin. Aquí aparece Lorenzo Garza en la Plaza de Méjico, en la décima corrida de la temporada oficial, dando «er mitin. Luego daría otro, y el más reciente ha sido ya el domingo anterior, en que, por su colisión con un espectador, del que iba a defenderse o iba a atacar espada en mano, ha estado detenido y a punto de ser encarcelado.

¡«Er mitin! ¿Por qué se habrá identificado, en el «argot» taurino, con el de escándalo, desorden, desaprensión, casi catástrofe, ese concepto de «mitin», traducido del inglés, para designar una reunión pública o mejor una asamblea política? El caso es que, cuando se ha querido definir con una sola palabra la mala actuación de un torero, el «haber perdido los papeles», que se ha sumido en pleno desconcierto, en suma, se suele decir: «Fulano ha dado «er mitin». Y aquí aparece Lorenzo Garza dándolo a la manera clásica: mirando al público sin saber qué hacer, en tanto que sobre el ruedo llueven las almohadillas, y los peones capotean sin ton ni son, para ver si acaban por marear al toro y éste dobla al fin. ¡«Er mitin!

Convengamos en que ese espectáculo del «mitin» ha desaparecido casi en absoluto de las Plazas españolas. Todavía, es lógico, se darán algunos por ahí en Plazas pequeñas, donde, a lo mejor, se lidian los toros más grandes...; pero en las Plazas de cierta responsabilidad, y no digamos en las de principal categoría, no. Actualmente, el torero está bien o está mal; pero aun cuando no esté en vena de aciertos o se acobarde

ante alguna dificultad de la res que le ha correspondido lidiar, no se descompone generalmente hasta ese punto. No sabemos si será un concepto nuevo del pundonor, después de una época española en que la mayoría de los espectadores ha experimentado por sí misma las sensaciones del valor y del miedo. Acaso porque, indudablemente, el tamaño de los toros, y aun más que el tamaño, el sentido, ha disminuido, o quizá porque los toreros que han figurado en la primera línea de estas últimas temporadas han sabido interpretar de un modo más estrecho y más gallardo su noción de la responsabilidad. En este aspecto es justo reconocer que gran parte del prestigio y de la fama de Manolete se ha debido a que toreaba de la misma manera en la gran ciudad que en la población modesta, que todos los espectadores son hijos de Dios... Todos pagan su entrada, y no hay por qué ir por ahí, por las provincias, a «echar las corridas fuera», simplemente.

Y así como ahora ya no se puede vivir toda una temporada, y hasta casi toda una vida torera, de veinte naturales maravillosos —porque hay que darlos casi todas las tardes—, tampoco ahora es frecuente este espectáculo del «mitin». ¿Mejor? ¿Peor? ¿No habremos quitado a la Fiesta una faceta extraordinariamente pintoresca, que a veces hasta divertía por el escándalo mismo? Pero el hecho está ahí. Y aquí está «er mitin en la Plaza mejicana...

EMECE

# AYER Y HOY

Por ANTONIO CASERO

*"... Todo es según el color..."*



El toro, visto por el ganadero,  
por los toreros y por los es-  
pectadores



ANTONIO CASERO

# EL DOMINGO FALLECIO EN SEVILLA EMILIO TORRES, BOMBITA

FUE UN EXCELENTE TORERO Y GRAN ESTOQUEADOR  
TOMO LA ALTERNATIVA EN 1893.  
TOREO POR ULTIMA VEZ EL 25 DE FEBRERO DE 1912, EN MEJICO



Ultimos tiempos de actividad taurina de Emilio. La sonrisa es la misma que en 1892 ganó la atención de los espectadores

Ya retirado, en un festival, Emilio Torres pasa de muleta a un bicho que para él y para los matadores de su época era un becerro



**E**MILIO Torres Reina, fundador de la dinastía de los Bombita, nació en Tomares (Sevilla) el 28 de noviembre de 1874. Renunció a los estudios que sus padres querían que siguiera, y con otros muchachos de su pueblo asistió a cuantas capeas pudo. En Gaucín (Málaga) mató por vez primera. Poco después toreó tres corridas seguidas en Ubrique, y actuó seguidamente en Sanlúcar la Mayor y en Nîmes (Francia). El 25 de julio de 1892 se presentó en Sevilla. La corrida fue mixta. Actuaron los matadores de toros Minuto y Quinito y el novillero Bombita. Vuelve a torear varias veces en Sevilla y se presenta en varias ciudades andaluzas. El 8 de diciembre de 1892, alternando con Antonio Fuentes, en una corrida de toros de puntas de Vicente Martínez, actúa por primera vez en Madrid. Mató recibiendo al segundo, y estuvo muy bien en el cuarto. Le repiten en Madrid el 41 y el 18 de dicho mes. En 1893 se coloca a la cabeza de los novilleros, y el 29 de septiembre toma en Sevilla la alternativa de manos de El Espartero —la única alternativa que dió Manuel García—, con toros de Anastasio García y Guerrita de segundo espada. Sigue toreando con éxito, y el 27 de junio de 1894 Guerrita le confirma la alternativa en Madrid. De segundo espada actúa Antonio Fuentes, y las reses son de José Antonio Adalid. En este año de 1894 torea cuarenta y cinco corridas.

Bombita es uno de los toreros preferidos por todos los públicos hasta 1898, año en que empieza su decadencia. El 24 de junio de 1899 torea en Barcelona con Guerrita y Conejito. Al pasar de muleta al quinto toro, Cojetero, d. Miura, se le arrancó el bicho y le empitonó contra las tablas. Desde el callejón tiraron de él El Pulga, banderillero de su cuadrilla, y Blanquito, de la de Reverte, que se hallaba de espectador entre barreras; en aquel momento, el toro tiró un derrote y le produjo una tremenda herida, que le desgarró la pierna. Cada día tiene menos arrestos y menos facultades, aunque de cuando en cuando logra algún éxito.

El 23 de junio de 1903 se despide del público de Madrid, y el 18 y el 25 de febrero de 1912 torea sus últimas corridas en Méjico, alternando con Gaona y Vicente Pastor.

Bombita I fué torero muy hábil, buen banderillero y gran matador, aunque con él defecto, que le ocasionó muchas cogidas, de que

colocaba demasiado alta la mano izquierda y la dejaba muerta. Tuvo que desterrar de su repertorio suertes de agilidad que practicaba en sus primeros tiempos, porque cada día se sentía más torpe de movimientos, a causa de su obesidad. Era muy simpático en el ruedo y en la calle, y conquistaba el afecto de los públicos con su permanente sonrisa.

Al abandonar el toreo Bombita, se dedicó por entero al cuidado de las fincas rústicas de su propiedad, en la provincia de Sevilla. Como agricultor afrontó contratiempos y conflictos de tipo social. Era muy querido por su caballerosidad y carácter afable.

Falleció a las ocho de la mañana del domingo día 19, rodeado de sus hijos y familiares. El sábado le habían sido administrados los Santos Sacramentos.

El lunes, a las diez de la mañana, recibieron sus restos cristiana sepultura. Toreros, aficionados y admiradores del que fué gran lidiador y modelo de caballeros asistieron al sepelio. La manifestación de duelo fué impresionante.

Descanse en paz Emilio Torres.



Don Emilio Torres, propietario y labrador andaluz que llevó sus negocios como verdadero maestro

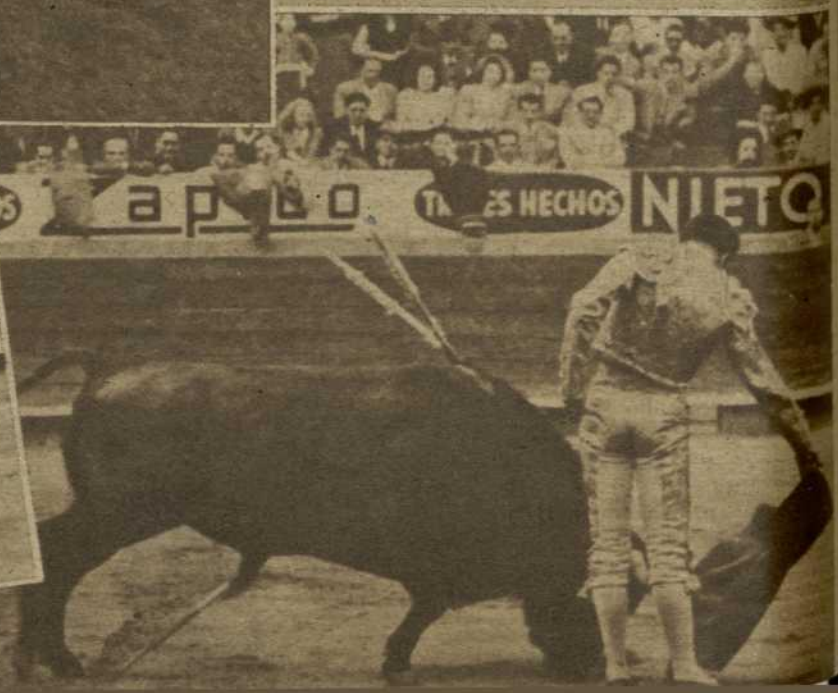
Emilio Torres, Bombita, ha tomado la alternativa. Buen corbata, buen reloj con su cadena, un puro y la fotografía para dedicar a sus admiradores



# CHONI TRIUNFA ROTUNDAMENTE EN MEJICO

Choni, el excelente torero valenciano, es el gran triunfador de la temporada en la Plaza de Méjico. El día de su presentación, alternando con Lorenzo Garza y Félix Briones, consiguió un gran éxito y le fueron concedidas las orejas de los dos toros que estoqueó. - Aquí aparece con los ramos de flores y el sombrero mejicano que le regalaron, y en dos momentos de su magnífica actuación. - El pasado domingo toreó en Guadalajara, con Silverio Pérez y Procuna, y tal fué su triunfo que ha sido contratado para tres corridas más en dicha Plaza. El domingo, día 26, reaparecerá en la capital.

(Fotos Agencia Gráfica y Sonzo)



# EL HIJO DE EL ALGABEÑO

## Fué, como su padre, matador de toros. Y ofrendó su vida a la Patria

El reciente fallecimiento en Sevilla de José García, Algabeño, nos brinda, con tan desgraciado motivo, la oportunidad de dedicar unas líneas a su primogénito.

Contrariándole en sus deseos y apropiándose el apodo que tan popular hizo el autor de sus días, José García Carranza, nacido en La Algaba (Sevilla) el 26 de febrero de 1902, se obstinó en ser, como su padre, torero, y abandonando de radical manera los estudios, torero llegó a ser, aunque el Destino le tenía deparada otra ocasión para hallar la muerte.

Ocurrió el suceso un mes antes de morir trágicamente en Talavera de la Reina, Joselito.

Con motivo de la feria abrioleña, hallábase en la ciudad del Betis Su Majestad la reina doña Victoria Eugenia, y en su honor los famosos ganaderos hermanos Miura celebraron, en el cerrado «El Cuarto», una fiesta campera, a la que asistieron la ex emperatriz Eugenia, la princesa de Maeterlinck, la duquesa de Santofía y otras damas de la aristocracia.

Invitado a ella oficialmente, Joselito tiró de su protegido amigo, y ambos, en tan inolvidable fiesta, hicieron un verdadero alarde de grandes caballistas acosando y derribando reses.

La muerte de José no desbarató los planes de *er zeñorito* Pepe, como ya llamaban en Sevilla al hijo de El Algabeño, sino que fué una razón de gran peso para que la resistencia paterna se agudizara en grado extremo.

Pero llegado el siguiente año, 1921, y obstinado en vestir a todo trance el traje de luces, burló la vigilancia de su progenitor, consiguiendo que el empresario de la Plaza de Toros de Barcelona, don José Ubach, accediendo a las sugerencias del también empresario don Eduardo Pagés y del que más tarde fué su apoderado, el buen aficionado don Joaquín Gómez de Velasco, le anunciase para debutar el día 31 de julio en unión de los novilleros, entonces punteros, Fausto Barajas, Marcial Lalanda y Antonio Márquez, con seis reses de Villamar y dos de Carvajal.

Gran expectación produjo entre los aficionados de la Ciudad Condal la anunciada presentación del novel torero, porque la Empresa hizo una, desorbitada propaganda. A tal extremo llegó ésta que el incipiente novillero tuvo que salir al paso de ella haciendo a un periodista local las siguientes declaraciones:

«Yo no soy ningún fenómeno, ni mi *debut* debe ser anunciado con bombo y platillos. Soy un aficionado nada más, que, al debutar, necesita toda la benevolencia que este buen público de Barcelona ha sabido prodigar siempre a los que empiezan. Humildemente, con toda humildad, me presento. El público fallará y señalará el camino a seguir.»

Mas todas sus ilusiones desvaneciéronse en la mañana de la corrida.

Noticioso El Algabeño de la aventura, telegráfico, suplicante, al gobernador civil para que a su hijo, menor de edad, se le prohibiese torear.

Accedió la autoridad al paternal requerimiento: el muchacho, contrariadísimo, trató de rebelarse contra la orden gubernativa, y la novillada, convertida en un «mano a mano», se celebró con Barajas y Marcial, porque Márquez el día anterior resultó herido actuando en Valencia.

Durante el siguiente invierno, en el hogar de El Algabeño, se desarrolló una verdadera lucha entre el padre y el hijo, sin que éste llegara a obtener el permiso pa-

ra torear. Herido en su amor propio el veterano lidiador al oír de los labios de unos aficionados, refiriéndose a su hijo: «Ese torea mejor que tú y tiene tu estilo de matar», exclamó resuelto y emocionado: «Bueno; que toree», y el 12 de marzo del 1922 Pepito el Algabeño vistió por primera vez el traje de luces en Valencia, obteniendo un ruidoso éxito.

A partir de la citada fecha, su nombre es solicitadísimo por los empresarios. El 30 de abril, en Barcelona, arma como estoqueador un alboroto. No le acompaña la suerte en Madrid el 31 de agosto, donde en igual fecha de mayo del siguiente año corta, como antes en la ciudad de las flores, oreja; en Sevilla, el 4 de septiembre, un novillo de Gallardo le hiere gravemente en un muslo, y cierra su primer año taurino con 30 novilladas toreadas, obteniendo en la mayoría lisonjeros triunfos.

Desde el 29 de junio de 1923, corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, en la que Rafael el Gallo le dió en Valencia la alternativa con el toro Mariposo, de Campos Varela, del que cortó la oreja —alternativa que le fué confirmada por Chicuelo en Madrid el 8 de mayo del siguiente año—, el nombre de Algabeño, hijo, figura en los carteles de las ferias más importantes, y temporada tuvo, como la del año 25, en la que actuó en 52 corridas, estoqueando 103 toros.

Desde la del año 1926 hasta la del 29, sin incluir las campañas realizadas en Méjico y Venezuela, República esta última visitada por él en dos ocasiones, tomó parte en 121 corridas, matando 194 reses.

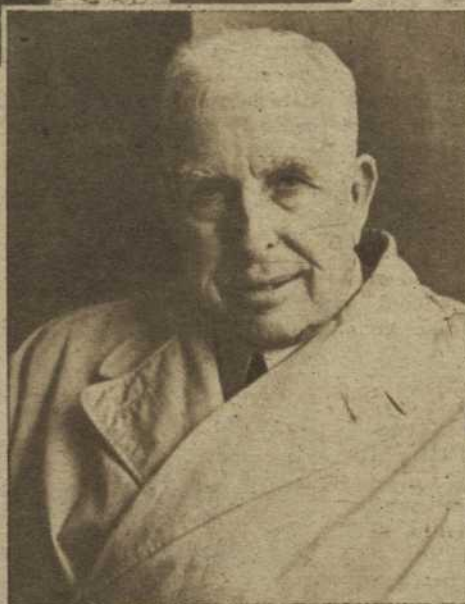
Muy castigado por los toros —sus cogidas en Méjico el 1 de noviembre de 1925 y el 8 de septiembre del 29 en Bayona, por cornúpetas, respectivamente, de Piedras Negras y Tovar, fueron de pronostico muy grave— le hicieron flaquear en sus entusiasmos, y al regresar, el año 30, de su último viaje a Venezuela, Pepe Algabeño dejó de vestir el traje de luces.

Pero su espíritu inquieto y su gran afición a la fiesta brava le impulsaron de nuevo a presentarse en los ruedos, haciéndolo tres años más tarde, como rejoneador, en nuestro monumental coso, el 2 de



José García Carranza, Algabeño, el torero que halló la muerte en el campo de batalla (Foto Yubero)

Última fotografía del padre del héroe, obtenida por Yubero



junio, corrida en la que con toros de Concha y Sierra actuaron Chicuelo, Villalta y Domingo Ortega, obteniendo en su nuevo aspecto un lisonjero éxito.

En ocho corridas más tomó parte el último referido año, y tanto toreado a caballo como en el empeño a pie, Pepe alcanzó clamorosas ovaciones, que le estimularon al siguiente año 34 para continuar en tal plan.

Ya había actuado en Castellón el 4 de marzo, y al siguiente día 11 lo hizo en Málaga.

Al salir de esta Plaza fué objeto de una salvaje agresión. Unos pistoleros dispararon sus armas contra Algabeño, causándole heridas tan graves que pusieron en peligro su vida, y ya no volvió a torear más.

Hechos turbulentos anteriormente cometido, en Sevilla por elementos extremistas fueron la causa de que el torero se pusiera de parte del orden y de la autoridad, y éste fué el motivo de que el Algabeño estuviera condenado a morir.

Dos días antes de producirse el Glorioso Movimiento Nacional hallábase en Sevilla el general don Gonzalo Queipo del Llano.

Pepe Algabeño, afiliado a la Falange, hizo indagaciones para conocer el hotel donde se hospedaba el ilustre militar, y ante la sorpresa de éste, que se creía ignorado, cuadrado como mandan las Ordenanzas, se expresó de la siguiente manera:

—Mi general! ¡Estoy dispuesto a jugarme la vida por la Patria!

Tanta entereza había en las palabras del torero, que el general, satisfecho con la conducta de aquel buen español, contó con él en los primeros momentos, y desde que se declaró el estado de guerra le tuvo a su lado.

El Algabeño, con notorio desprecio de su vida y lleno de entusiasmo, tomó parte en todos los combates hasta la total dominación de Sevilla.

Corrían los últimos días del mes de diciembre del 36, y Queipo del Llano dirigía personalmente las operaciones para la toma de Lopera.

Cuando más arreciaba el fuego de los escuadrones de Caballería que desconcertase al enemigo.

Durante la maniobra hubo de dar una orden a los jinetes, y el Algabeño, agregado al Cuartel General, se encargó de comunicarla.

Cuando, cumplida su misión, regresaba al puesto de mando, una bala marxista le alcanzó, hiriéndole gravísimamente en el vientre.

Sucedió esto el 30 del susodicho mes, siendo inmediatamente trasladado al Hospital de la Cruz Roja de Córdoba, donde, asistido por los médicos, fué en seguida visitado por el general, y al reconocerle, sin que de su memoria se apartase el recuerdo de la Patria, le dijo:

—¡No importa; muero por España! ¡Muero satisfecho!

Agotados todos los recursos de la Ciencia, y hallándose acompañado de su esposa, doña Araceli Benjumea, a las seis de la tarde de aquel mismo día entró en período agónico.

Momentos antes se dirigió a su esposa exclamando: «¡Me muero!» Y como si quisiera recordar lo mucho que había hecho sufrir al autor de sus días con sus aficiones taurinas, en evitación de darle otro doloroso momento, agregó: «¡Papá que no entre!»

Una hora más tarde, confortado con los auxilios espirituales y rodeado de su esposa, de su padre y de sus hermanos Francisco, Alvaro, Pedro-Luis y Antonio, entregaba su alma a Dios, siendo envuelto su cadáver con la bandera nacional.

Radiada la triste nueva al Generalísimo Franco, éste rogó a Queipo del Llano expresara a su padre y esposa su profundo dolor, concediendo al héroe las estrellas de teniente honorario del Cuerpo de Caballería.

Trasladado el cadáver a Sevilla, en la mañana del siguiente día, 31, se efectuó el entierro, constituyendo éste una imponente manifestación de duelo.

Desde la estación, y seguido de un inmenso gentío, recorrió el fúnebre cortejo las calles sevillanas hasta llegar a la Macarena.

Desde este lugar, en un coche estufa, fué conducido el féretro, envuelto en la bandera de Falange, hasta el cementerio de La Algaba.

**E**STE viejo banderillero no quiere hablarme de toros. Se resiste. Yo trato de persuadirle con palabras blandas y lagoterias.

Nada.

Le hablo de sus días triunfales, de su juventud pasada al lado de los maestros...

Nada.

Yo insisto. El torero está ahora empleado en un cine céntrico de la Gran Vía. A mi terquedad, retruca:

—Amigo, es usted más «pesao» que moscón en siesta. ¡Una cosa mala! ¿Qué interés puede tener lo que yo le diga? Yo estoy ya viejo. Se me ha caído el pelo, y tengo la cabeza como el solar de una Inmobiliaria. ¿Qué puedo decirle yo?

—Muchas cosas. Ya lo dice el refrán: «El que quiera saber, que compre un viejo.»

—Bueno —me dice convencido—: ¿qué quiere de mí?

—¿No fué usted con la cuadrilla de Fuentes?

—Sí, señor.

—¿Y con Vicente Pastor?

—Sí, señor.

—¿Y con Gaona?

—Justo. Y con Gaona.

—¿Puedo poner su nombre en esta charla?

—Por mí, si es su gusto... Me llamo Rodríguez Negrón. Algunos revisteros me ponían El Negro, para suavizar el color. Así me veía yo también algunas corridas, como mi apellido.

—¿De dónde es usted, Negrón?

—¿También hace falta eso? Pues ponga usted que soy de Burriana, provincia de Castellón de la Plana.

—¿Buena tierra de naranjas!

—¡Cosa rica! Ahora cuelgan de los naranjos como zarcillos de oro. Es el zumo de la tierra... Pero dejemos la huerta y vamos a la Plaza. Yo tenía una afición loca a los toros. Veía de chaval un cartel taurino, y me rompía el pecho dándole pases. Y cogía un trapo y me iba con la muleta «plegá» al hocico de la res... pintada. ¡Las cosas que se hacen a los diecisiete años...! Y me ponía más tieso que un chuzo. Algunos me decían: «Negrón, tú puedes ser gente entre los de coleta...»

Me metí en una cuadrilla de «niños valencianos». De aquellos «niños», el único que hizo carrera como matador fué Agustín Dauder, que llegó a torear en Madrid. Yo soñaba con ser rico, poderoso y comprar un cortijo, y ¡por el primer toro que maté en Valencia me dieron dos pesetas!

—¿Cómo fué su debut en Madrid?

—De novillero, con el diestro valenciano Isidoro Martí Flores. Toreaban Chiquito de Begoña, Manolete (el padre del actual Manolete), Bombita III y el ya mentado Flores.

Echaban, en las novilladas de los jueves, ocho toros. Mi pareja como banderillero fué Melito, al

## DE PEON DE FUENTES A EMPLEADO EN UN CINE

# Negrón, por banderillar «un morlaco que daba miedo», cobraba cuarenta pesetas

que mató un toro aquel mismo año en Valdemorillo. ¡Pobre Melito!

Al año siguiente toreé en Toledo con Isidoro Martí Flores, Platerito y Manolo Vázquez, hermano de Curro Vázquez, que acaba de morir.

Toreé con Malla muchas corridas.

—¿Y de cornadas, Negrón?

—Mire usted: a mí me han «calado» los toros varias veces. Un toro de Felipe Pablo Romero me dió una cornada en un brazo al saltar a la garrocha en la Plaza de Toros de Valencia. El año que le dió un toro una cornada en Algeciras a El Gallo, me dió a mí un toro una cornada en el pecho en la Plaza de Toros de Carabanchel.

Entonces cobraba yo, por banderillar un morlaco que daba miedo, cuarenta pesetas. Hoy, los banderilleros cobran cinco mil reales. Claro es que nos daban los ocho duros en calderilla, y así parecía más dinero.

—¿Fué grande su última cornada?

—Una cosa fea. Algún periódico, ¡Dios se lo pague!, dijo que yo había muerto. No es verdad, puesto que estoy hablando con usted.

Toreé con Vicente Pastor varias corridas, por haberle inutilizado un toro una pierna a su banderillero Pepín de Valencia. En el puesto de Pepín fui yo.

Pastor, con la muleta, era grande. Y mataba bien. Pero el «sordao romano» tenía mala figura y se movía en la Plaza como una fragata «desmantelá»... Esto le quitaba brillo a su trabajo; pero cuando Vicente Pastor se iba tras de la espada, «¡daba cada estocá...!»

—¿Y Fuentes?

—Era muy elegante. Así como Pastor era lo que

se dice un poste, Fuentes se quebraba de fino. Y eso que cojeaba un poco, de resultas de una cornada. ¡Demasiada etiqueta! Cuando se arrimaba al toro, parecía como si quisiera disculparse de matarlo. No se torcía, como muchos toreros de ahora, que parecen berbiguies. Y fuera de la Plaza era más cumplido que don Frasquito el de Loja. No le faltaba detalle: bien vestido, la punta del pañuelo de seda asomándole por el borde del bolsillo de pecho... Guerrita le dijo un día: «Oye, Antonio: ¿tú eres un torero o un cómico?» Pero valiente, ¡una «jartá»!

—¿Y Gaona?

—El tío Campanitas, apoderado de Gaona, me preguntó si yo quería torear con Gaona por el «lado izquierdo», porque los otros dos banderilleros suyos eran «por derecho».

—Yo toreo por todos los lados—dije.

Porque yo estaba a lo que caía. Era como una barquita sin amo, y ¡he pasao cada temporal...!

—Creo que Gaona era un buen banderillero...

—¡Formidable! Y gran matador. Le llamaban el Tigre, y es que a la hora de matar ponía una cara...

—¿Eran aquellos toros más grandes que los de hoy?

—¿Ha dicho usted grandes?

—Sí, señor.

—No eran grandes.

—¿No?

—¡Eran grandísimos! —me dice Negrón moviendo sus ojillos debajo de sus encenizadas cejas—. En el chiquero mugía siempre un toro de «verdá». Dice el refrán que «Con la edad viene el seso», y eso ocurre, generalmente, con las personas y con perdón de usted, con las bestias. ¡Toros grandes y viejos!

Cuando salía uno de aquellos «monumentos» a la Plaza, se quedaba «paraos», mirando a uno o a otro torero de los que estábamos allí, como eligiendo al que había de coger. ¡Y se iba a él y lo cogía!

¿Quién le ponía banderillas a uno de aquellos «pajarracos»? ¡Y cuidao que le echábamos «tela»! Lo arropábamos como a un niño en la nieve. Pero el bicho nos quitaba el capote y se lo llevaba en los cuernos como balcón con colgaduras.

Yo pasaba las «morás», sin saber qué hacer con las banderillas. El público me gritaba:

—¡Negrón, que le van a salir flores a los palos!

Y yo les decía a mis compañeros: «¡Engañá a este toro!», sin darme cuenta que el bicho aquel era más sabio que Salomón.

En una de aquellas corridas —creo que fué en Cataluña— nos echaron un toro que no cabía en la Plaza. El bicho no hacía más que rascar con la pezuña la arena y echársela al lomo. Cuando se arrimaba uno, daba una tarascada. No había medio de meterle mano. Se hacía de noche, y el griterío del público se oía en los Pirineos. ¿No ha oído usted decir de un toro que era una catedral?

—Sí, señor.

—Pues las agujas de aquel bicho eran las de la catedral de Burgos. Después de muchísimas fatigas y «ajogos», acabamos con él de mala manera. Nos fuimos todos los de la cuadrilla a la fonda y nos metimos en la cama a sudar el miedo. A media noche empecé a dar gritos. Sufría una pesadilla. Todavía, en el colchón, al despertar, creía que me perseguía aquel toro.

El año 1926 me retiré. Venía la gente joven apretando, y en mi cabeza empezaban a salir las primeras canas. Era la jubilación. Guardé en mi arca el capotillo, algunas fotografías y carteles y el traje...

—¿Dónde toreó la última corrida?

—En Madrid, toros de Trespalacios, con Manolo Martínez, Carnicerito de Málaga y Facultades.

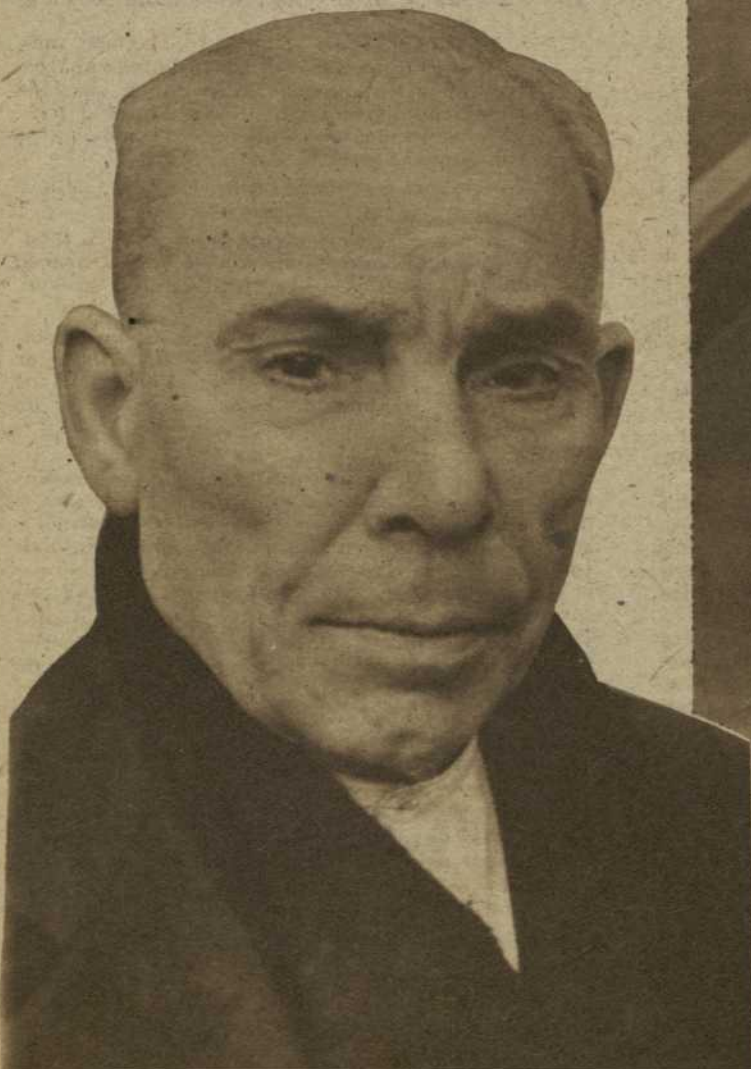
Y el recuerdo de sus días de trabajo y de lucha con los toros pone en las palabras del viejo banderillero Negrón un tono de honda melancolía.

JULIO ROMANO



Rodríguez Negrón cuando era banderillero de Antonio Fuentes

Negrón en la actualidad, empleado en un cine, de la Gran Vía (Foto Zarco)





# LA MEJOR FAENA DE NICANOR VILLALTA

Las estocadas y los derechazos. -- Tres toreros aragoneses en el ruedo madrileño. -- Cincuenta y dos orejas en la capital de España. -- La primera pata que se cortó le fue concedida a Villalta. -- Su tercera corrida en Sevilla. -- Un paracaidista en la Plaza de Lima

CUANDO Nicanor Villalta tomó la alternativa había en España quince o veinte matadores de toros con los que era muy difícil competir. No faltaban los toreros exquisitos; abundaban los grandes lidiadores, y eran muchos los que asentaban su crédito en la firme base del valor. El baturro no se amilanó. Convencido de que en cualquier actividad se triunfa cuando la voluntad es firme, salió siempre decidido a triunfar, sin ahorro de ningún sacrificio. Pensó luego que en el toreo es preciso el rasgo que marca la personalidad, y tras un examen de sus condiciones y posibilidades, logró distinguirse de los demás por sus estocadas y sus derechazos. No le faltó nunca el corazón, y ahí queda la historia taurina del maño, que puede resumirse en este dato: cincuenta y dos orejas cortadas en Madrid. Sería interesante saber cuánto pesaba cada uno de los toros de los que Villalta cortó oreja en la capital de España. A Nicanor nunca le dieron grandes facilidades los empresarios. No le «cuidaron». Era un hombrachón alto que ponía a los espectadores en pie a cada muletazo, y se creía preciso el ganado grande para que la emoción fuese auténtica cuando el baturro toreaba.

Tuvo que volver a los ruedos una vez terminada nuestra Guerra de Liberación, porque sus intereses habían sido mermados. No defraudó. Era el de siempre; pero cuando comprendió que sus facultades físicas no le respondían, y por consiguiente no iba a dar lo que los públicos esperaban de él, se retiró.

En 1913 vió por primera vez una corrida de toros en la Plaza de El Toreo, de Méjico. Toreaban Rodolfo Gaona y Vicente Pastor. De aquella corri-

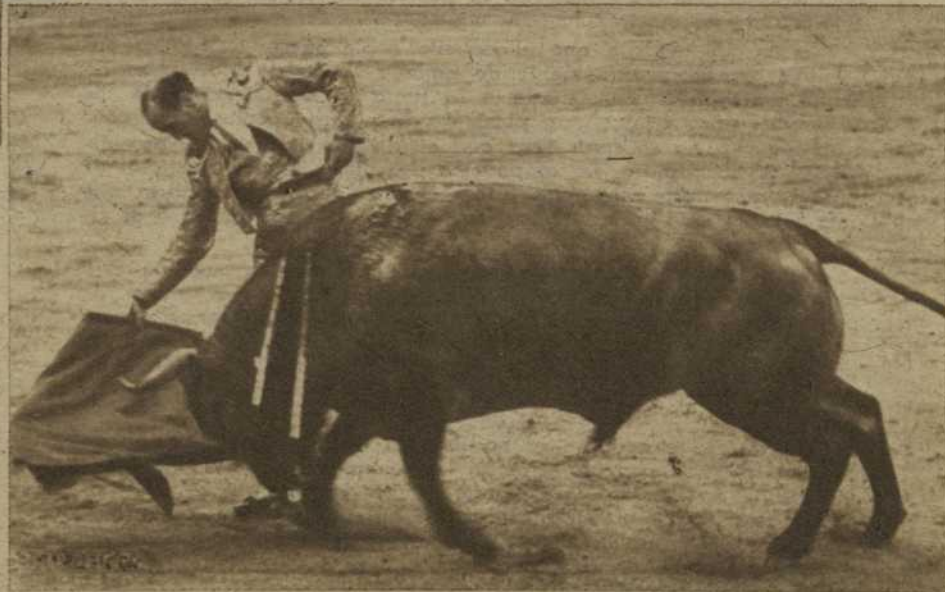


Villalta dando la vuelta al ruedo en una de las últimas corridas que toreó



Nicanor Villalta, el año que tomó la alternativa

Un derechazo de Villalta a un ejemplar de la ganadería de Pablo Romero



da sólo recuerda que Pastor fué cogido al entrar a matar. El público, por su pasión, le causó mal efecto.

Nunca desdeñó Villalta el toreo preciosista; pero sus preferencias estuvieron siempre por la lidia justa de cada toro. Y estima que hay toros muy bravos cuya lidia es muy difícil, y a veces, no se puede considerar como fracaso que el torero no alcance el lucimiento que el público esperaba. El toro más bravo que ha visto lo mató él en Madrid el día 6 de junio de 1926. Toreaba con Nacional I y Gitanillo de Ríca. Tres aragoneses de cuyo valor no pudo nadie dudar. Las reses eran de Aleas. Nicanor, por cogida grave de Nacional I, tuvo que matar cuatro toros. Cortó cuatro orejas y un rabo. El excepcional ejemplar se lidió en quinto lugar. Villalta le dió doce muletazos seguidos, y cuando se agachó para coger un sombrero que un espectador echó al ruedo, el toro lo levantó sin llegar a herirle.

Un torero que ha cortado cincuenta y dos orejas en Madrid; que en Zaragoza fué premiada una de sus faenas con las dos orejas, el rabo y la primera pata que se ha concedido en la historia del toreo; que en San Sebastián, en Mérida..., es difícil que recuerde cuál fué su mejor faena. Pero sí recuerda



Cuando había que pelear con los toros, el maño lo hacía. No le arredraban las cogidas. Este toro le destrozó el traje de luces. Nicanor, con su pantalón de monosabio y en mangas de camisa, lo toreó muy bien, lo mató colosalmente y le cortó las orejas

cuál fué el triunfo que más le satisfizo. Fué en Sevilla, durante la temporada de 1926. Era la tercera corrida que como matador de toros toreaba en dicha ciudad. En las dos primeras el público había estado muy frío con él. Alternaba en la lidia de seis toros del marqués de Guadalest con Chicuelo y Antonio Posadas. No ocurrió nada extraordinario en el segundo toro. El quinto hizo regular pelea en los primeros tercios; pero Villalta observó que la res iba a más. Brindó al público, con gran sorpresa por parte de éste. Faena corta: uno por alto, tres naturales y cinco derechazos. Luego, el volapié. Le dieron la oreja y al final de la corrida lo sacaron en hombros.

Si le es punto menos que imposible recordar cuál fué su mejor faena, tiene, en cambio, bien presente su peor tarde, que fué en 1926 en Lima, en la corrida de su beneficio, toreando con Joselito Martín. Uno de los toros que le tocó lidiar a Villalta había sido toreado antes de la corrida. No hubo forma humana de dar un muletazo aceptable a tal bicho. Se aculó en tablas el animal para defenderse. Villalta, después de dar varios pinchazos, decidió encunarse para poder matar. Colocó un peón a

su lado y otro cerca de los cuartos traseros del toro. El toro lo empitonó y lo elevó unos dos metros. Al caer pudo el matador clavar todo el estoque. No en muy buen sitio, pero el toro murió.

Villalta vistió el traje de luces por última vez en Zaragoza el 17 de octubre de 1943. Alternó con Manolete y Morenito de Talavera. Cortó orejas en sus dos toros. Acabó con la misma afición que tenía cuando se presentó. Durante la temporada podéis verle ocupando una localidad, generalmente en el tendido 1. Sigue con gran interés todos los incidentes de la lidia y siente gran inquietud por lo que puede suceder en el ruedo. El, que nunca tuvo miedo, pasa ahora momentos de angustia cuando ve en peligro a los que torear.

En la actualidad, Nicanor es empresario. Como tal nos dice que la temporada pasada fué mala, seguramente por falta de pasión en el público.

Recordamos luego su aventura como actor y productor cinematográfico. El ex torero ríe de buena gana. Como productor no tuvo suerte; como actor, no puede quejarse, porque le elogiaron mucho y pasó muy buenos ratos llevándole la contraria al director durante el rodaje de *El suceso de anoche*.

# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**P**OR entre los amargos presagios que los pesimistas hacen cundir para la próxima temporada de este año de 1947 se abren paso, en revistas y diarios, noticias verosímiles que dan margen a la esperanza.

Hace días que se anunció una corrida para el 7 de marzo en Castellón de la Plana, y ya se anuncian y perfilan otras. En Murcia, la de Pascua, con Arruza y los hermanos Dominguín, según un telegrama de la Agencia La. gos. La Empresa de Sevilla suelta prenda, y habla de contrato con Parrita, de gestión con cuatro diestros sevillanos (¿será mucho suponer que sean Belmonte, Pepe Luis, Pepín y el Vito?) y de otra gestión acerca de la máxima

novedad mejicana, Luis Procuna, a quien, según otra noticia ultramarina, ha firmado una exclusiva don Andrés Gago. Manolete ratifica su propósito de torear en España a un corresponsal de la United Press. Por otra parte, el dinámico crítico Bellón dice haber recibido una carta de Méjico en la que le dicen que, tanto Manolete como Arruza, «torearán en condiciones buenas para ayudar a las Empresas y poder ver de bajar en lo posible el precio de las localidades...»

Pero aun hay más. Nuestra Empresa, que es la de Madrid —la primera Plaza del mundo, por el alguien fingía ignorarlo—, tan caillada y discreta en años anteriores, se lanza, por boca de su gerente, señor Stuyte, a hacer declaraciones en las que promete una gran semana taurina en mayo, novilladas desde mediados de febrero y este cartel para el domingo de Pascua: Seis toros de don Atanasio Fernández para Antonio Bienvenida, Andaluz y Vito.

Nadie podrá decir que en los últimos años, por estas fechas, se hayan bajado tan halagüeñas noticias, frente a los que sólo se alza una en verdad pesimista: la posible ruptura del convenio de intercambio de diestros hispano-mejicanos.

Ya fué un milagro que el violento cable puesto en Méjico por Luciano Contreras, presidente de aquella Unión de Matadores de Toros y Novillos, conminando a la Junta Técnica Taurina de los españoles para que, en un plazo de diez días, aceptasen su contrapropuesta no se contestara con otra violencia que hubiera determinado la ruptura. La omplación del plazo exigido hasta el 31 de este mes abrió resquicios a la esperanza, pero la verdad es que esto sólo ha sido ganar tiempo, no se sabe si a la ruptura o al difícil arreglo.

Reducida a los términos más simples posibles, la cuestión está planteada así: Propuesta española: Treinta y tres por ciento de puestos en España —uno por corrida—, para los mejicanos, contra libertad de contratación de los españoles en Méjico. Contrapropuesta mejicana: Cincuenta por ciento de españoles en Méjico y de mejicanos en España, y dieciséis puestos para cuatro novilleros mejicanos, a diez mil pesetas por corrida.

Los españoles aceptan la no libertad de ellos en Méjico y los dieciséis puestos pedidos para novilleros en España pero no están dispuestos a ceder lo más mínimo en lo del treinta y tres por ciento, prácticamente igual al porcentaje indicado en la contrapropuesta mejicana.

Es, pues, el punto irreconciliable el de los mejicanos en España al treinta y tres o al cincuenta por ciento. ¿Cuál es la diferencia esencial entre uno y otro porcentaje? Sencillamente, la de que con el cincuenta de los mejicanos en las corridas de ocho toros, ellos puedan tener dos puestos, y en los mano a mano, uno, mientras que, con la fórmula española, sólo pueden tener uno en las de ocho y quedan eliminados en los mano a mano. No muchos puestos, en verdad, los que se ventilan, pero... Dejo el pero para roerlo otro día, porque, sin duda, tiene mucho que roer y roza asuntos poco taurinos. Entretanto, pensemos optimistamente en la temporada que se avecina.



## EL PLANETA DE LOS TOROS

### Aquel que trajo los toros...

**H**ASTA los futbolistas saben que Juan Belmonte es el genial iniciador del toreo actual. Pero muchos que se las dan de aficionados a los toros, olvidan unos, e ignoran otros, que don Antonio Pérez Tabernero también tiene parte importante en esa transformación, cuyas últimas consecuencias padecemos hace algunos años: el toreo de perfil. Don Antonio Pérez Tabernero es el creador de un tipo de toro capaz de soportar cincuenta muletazos. Esto yo no sé si es un bien o es un mal. Lo que está fuera de duda es que sin ese toro no serían posibles esas faenas que hoy arrebatan a los públicos.

Nadie, pues, mejor que don Antonio Pérez Tabernero para que nos hable de esa corrida en la que cada torero pudiera elegir un toro.

—¿La crees viable?— le hemos preguntado.

—Muchos inconvenientes habrá que vencer; pero no me parece que se atente a la pureza de la fiesta por que se ensaye esa modalidad, sólo en ocasiones excepcionales. Además, a mí, como ganadero, me parece de perlas la idea de que en una tarde se pudieran lidiar treinta o cuarenta toros. Y mucho más este año, porque así podría dar salida más fácilmente a los que me sobraron del año pasado.

—¿Luego tú no tienes inconveniente en vender tus toros para tal corrida?

—Ninguno; siempre que no se mezclaran con los de otras ganaderías, pues tengo por norma el no concurrir con mi hierro a nada que pueda parecer competencia. Te repito que esta idea, como ensayo, se puede intentar; como experimento curioso, no creo que hiciera daño a nadie, salvo a los toreros, que a lo mejor se equivocaban con el toro elegido y entonces no había salvación para ellos. Los toros engañan mucho. Engañaban hasta a Guerrita y a Joselito, que para mí han sido los dos toreros que más sabían de toros. Un toro cambia cuando menos lo espera el torero. Los toros, a la mejor, encuentran su querencia, que es el sitio donde ellos creen que se pueden defender con más holgura, y allí tiene que ir a buscarlos el torero. Y a un toro en su querencia no se le puede hacer la faena preciosista. De modo que podríamos presenciar muchas desilusiones.

—Es que el torero estaría autorizado a retirar el toro incluso durante la faena de muleta.

—Eso no lo creo posible. Pero aun así y todo, ya veríamos. Insisto en que los toros equivocan mucho. Ahora, en el primer tercio, el excesivo toreo de capa agota a bastantes animales que hubieran llegado al último tercio en condiciones de torearlos. Ahora, los peones recortan y torea a dos manos cuanto quieren, y como ya los quites no son quites, los maestros, en cuanto les toman bien el capote, no saben rematar los lances. Yo he alcanzado los tiempos en los que el matador no torea con la capa más que lo estrictamente indispensable para fijar al toro y para quitarlo del caballo, y los subalternos corrian a los toros por derecho. ¡Aquel Juan Molina!, de quien decían que corría más que los toros, y lo que pasaba era que como el toro nunca rebasaba el objeto que tiene más próximo, y como Juan Molina lo llevaba embebido, prendido en su capote, daba la sensación de velocidad en las piernas, cuando todo consistía en suavidad, en temple en la mano, es decir, en saber torear, en saber correr un toro por derecho, suerte completamente olvidada y una de las más bellas del toreo. Pero, en fin, no te fies de lo que te diga yo, porque de lo que de verdad, de verdad entiendo es de ovejas merinas, de gallos de pelea y de cante flamenco.

—Habla, habla de toros.

—A mí, como aficionado, de las cosas que más me interesan en una corrida es cómo el torero vence con arte y guapeza las dificultades de un toro. Por eso se les llama maestros...

—¡Pero hay tan pocos maestros!

—Tampoco abundan los grandes estilistas. En esa corrida, el bueno de Sebastián Miranda lo que va buscando es la apoteosis del gigantismo. ¡Pues venga el ensayo, a ver qué pasa, que no se van a hundir las esteras!

Aquel que trajo estos toros, don Antonio Pérez Tabernero, ha dado su opinión. Quiero ser sincero, y por ello he de decir que el prestigioso ganadero es escéptico en cuanto a la realización de la idea. ¡Mira, don Antonio, que si un día se te presentan en San Fernando unos señores y te dicen: «Venimos a comprarle a usted seis corridas. Póngalas usted precio. Vamos a dar en Madrid la corrida del «El Jan». ¿Qué cara pondrías?

¡Pues quién sabe; ya ves tú las inmobiliarias la que están armando!

ANTONIO DIAZ-CANABATE



Don Antonio Pérez Tabernero

Don Francisco Rodríguez Martínez,  
Director General de Seguridad, y  
excelente aficionado, opina que la  
de varas, más que "suerte", es una desdicha



SE siente hoy EL RUEDO lógicamente envenenado de publicar en sus páginas la respuesta que da, en esta encuesta acerca del problema de las puyas el excelentísimo señor director general de Seguridad, don Francisco Rodríguez Martínez.

Bastaría esta condición de autoridad del señor Rodríguez Martínez para que su criterio fuera escuchado con el respeto a que se hace acreedor quien de manera tan acertada ejerce responsabilidad altísima. Pero, independientemente de ello, en el teniente coronel de Estado Mayor señor Rodríguez Martínez se da la circunstancia de ser un excelente aficionado a la fiesta de los toros, por cuyo mayor prestigio vela con escrúpulo y con gusto.

Justamente, su opinión es más interesante cuanto que para darla se desposee voluntariamente de los atributos de su cargo. El señor Rodríguez Martínez —buena lección para los que hablan erróneamente de autoritarismo total!— no «ha dictado». Ha expuesto una iniciativa —merecedora de sereno estudio— y ni siquiera se ha encastillado en llevarla adelante, ante la consideración del respeto a la opinión de los demás. Es un gesto elegante, que por sí solo se elogia, y una exquisita norma de conducta.

¿No será llegado el momento de que sea el señor Rodríguez Martínez el que convoque a los elementos interesados, muchos de los cuales han desfilado ya por estas páginas de EL RUEDO, para dar una solución armónica y definitiva a un problema vivo que debería encauzarse antes de que empiece la temporada próxima?

Tal es nuestro brindis.

\*\*\*

A la pregunta que sometimos al señor Rodríguez Martínez, éste ha tenido la gentileza, que tanto agradecemos, de contestar lo siguiente:

Madrid, 18 de enero de 1947.

Señor don Manuel Casanova, director de EL RUEDO.

Mi querido amigo:

Con gusto accedo a su indicación invitándome a tomar parte en la encuesta que por iniciativa del señor Cossío viene publicándose en EL RUEDO acerca del problema de las puyas, y acudo a ella como un aficionado más, si bien por mi cargo haya tenido oportunidad de intervenir activamente en la cuestión.

Usted, que siente igual aflicción, reconocerá que la suerte de varas, más que «suerte», es una desdicha; ese amazacotado conjunto que forman jinete, caballo, llamémosle así, y peto, que se mueve con dificultad y sin gracia, conducido a la fuerza por un monosabio, que hace de palafrén, hasta las proximidades del toro, para terminar en un antiestético choque de masas; nada tiene que ver con la antigua ejecución y resulta en nuestra fiesta un lunar; el piquero, conlido en el peto, no defiende al caballo, sino que lo entrega; éste, abrumado por el peso, no esquiva tampoco; el toro rebota en su embestida al no «encarnar», y en tales condiciones, desde lo alto de su acorazada montura, el diestro, con poca destreza y a mansalva, se recrea en clavar la pica y barrenar a gusto.

Y así, con frecuencia lamentable, tras el barrenado que a placer se ejecuta, la arandela-tope se introduce por el rasgón de la piel, que después engancha en la misma arandela, convirtiéndola en obstáculo, y la vara queda «enhebrada», espectáculo bien desagradable.

Para evitarlo ideé un dispositivo consistente en que la arandela, de iguales dimensiones reglamentarias, se prolongara en una superficie troncocónica, a modo de cazoleta o farolillo —así denominó el público a estas varas—, con lo cual la arandela cumplía igualmente su misión de tope; pero si llegaba a introducirse, se producían entonces dos efectos, uno, que limitaba la penetración, pues la superficie troncocónica, para avanzar en cuña, obligaba a un esfuerzo superior al normal, evitándose que, como he presenciado en la Plaza de Madrid en la última temporada, y puede verse en fotografías publicadas en los periódicos de aquel día, la tercera parte de la longitud del palo quedara introducido en el toro, y otro, el de evitar el enhebrado, pues al separarse el toro, la indicada superficie producía un deslizamiento, evitando el obstáculo para retirar la puya, que salía por sí sola.

En los ensayos que al efecto se practicaron, los picadores, salvo Aldeano, que demostró cumplidamente que el dispositivo no ofrecía dificultad alguna en su empleo, los demás, por ese recelo que produce todo lo nuevo, aunque se prestaron obedientes a usar la nueva vara, lo hicieron sin demasiada confianza en el resultado y, en varias ocasiones «marraaron» la suerte, con lo que, faltos del punto de apoyo, se vinieron al suelo; y no queriendo yo que los moldes jinetes atribuyeran sus golpazos a un afán mío de innovador, y como, por otra parte, con la innovación no pretendía yo pasar a la posteridad como inventor de puyas, no juzgué prudente insistir en la prueba y continuaremos viendo por esos ruedos el desagradable espectáculo, aunque espero que cada vez en menor número, porque, eso sí, el sistema del «farolillo» se ha sustituido por multas de cuantía extraordinaria, que abonará el matador cuyo subalterno haya tenido la desgracia de que su palo quede enhebrado.

Y nada más, amigo Casanova, se me ocurre respecto al particular.

Un saludo muy afectuoso de su buen amigo,

Francisco Rodríguez



Esta fotografía, obtenida en la Plaza de Madrid en la corrida celebrada el 19 de septiembre pasado, lleva la siguiente dedicatoria: «Al excelentísimo señor don Francisco Rodríguez le dedico este recuerdo de la puya de su invención, que tuve el gusto de estrenar con gran éxito. Este s. s., Pablo Suárez, A. — Madrid, 19-9-1946.



AL trazar estas líneas para ocuparme de algo referente al toreo en la época romántica, no es que quiera hacerlo para hablar del pasado con ritornelos y fermatás sentimentales, sino porque, sensible al estímulo que me produjo la lectura de un trabajo de don Federico Galindo, publicado hace poco en EL RUEDO—como consecuencia de una entrevista con don Mariano Rodríguez de Rivas, director del Museo Romántico—, creo que es curioso divulgar algunos aspectos secundarios de la Fiesta en dichas calendas, los cuales, más que en los diálogos de Mesonero Romanos que corresponden a sus *Escenas Matritenses*; más que en lo que puedan decir la Paca, la Alifonsa, la señá Blasa y el tío Mondongo, y más que en las disensiones entre el Chato y Malgesto, los hallaremos en una obra eminentemente taurina, en la *Tauromaquia Completa*, de Francisco Montes (1836), y en la reedición de la misma hecha por su autor, Santos López Pelegrín (Abenamar), en 1842, con el título de *Filosofía de los Toros*, porque en sus páginas, con la elocuencia viva que corresponde a las situaciones despejadas, sin perfrasis ni retóricas, quedan al desnudo algunas taras que afeaban el espectáculo, y conociendo las mismas, podemos formarnos una idea de lo que era aquél en los años en que en el teatro del Príncipe se estrenaba *El Trovador*, de García Gutiérrez, y en el de la Cruz, *Lucía de Lamermoor*,

la cual era triple  
y Edgardo tenor,  
cosa que ignoraba  
sir Walter Scott.

Digamos de paso que la tercera de las personas que, según una revista inglesa de aquel tiempo, cumplían entonces su obligación en España, con el corregidor Pontejos y el espada Montes—y de cuyo nombre no se acuerda el señor Rodríguez de Rivas—, era el caudillo carlista Ramón Cabrera; pero dejemos a un lado todo esto, fijémonos en Francisco Montes y veamos cuál era la medicación enérgica, profunda y radical que en la *Tauromaquia Completa* se propugnaba para hacer una limpieza de manchas y borrones en las corridas de toros.

Reinaba entonces un fervoroso entusiasmo. Se estaba en un momento de renacer. Así escribe Azorín de aquellos años en su libro *Lecturas Españolas*. Aquella fe en los destinos de todo, aquel ardor en la defensa de cualquier actividad, no excluía a la fiesta taurina, y todo ello, reducido a síntesis, suena como un eco de dicho período, del cual es cifra y compendio el célebre diestro de Chiclana. ¡Qué mucho, pues, que éste, en su afán de renovación, inspirase a Santos López Pelegrín aquellos párrafos que la mencionada obra contiene en la parte dedicada a demostrar la necesidad de corre-

gir muchas cosas? En primer término, los caminos de las Plazas eran poco transitables y muy expuestos en días de toros, y, refiriéndose a ellos, decía el gran Paquiro:

«Esto, que parece influye poco en el prestigio de la diversión, tiene, por el contrario, una gran parte en su engrandecimiento, pues no hay duda que a muchas personas, y con particularidad al bello sexo, retraen estos y otros inconvenientes para ir a la fiesta de los toros.»

El piso del ruedo no era muy a propósito para la lidia cuando Montes deseaba que fuese «muy igual, ni duro ni blando, sin hoyos ni piedras ni clase alguna de estorbos», prueba evidente de que tal superficie era entonces en algunos circos taurinos la de un camino vecinal.

Como en ciertas localidades «se pagaba a sus puertas» y el billete sólo se usaba para los palcos y «asientos de jerarquía», el público se sentaba donde le parecía más conveniente, y como todos tenían igual derecho, todos asaltaban los sitios más apetecibles y dejaban los restantes en «espantosa soledad», lo que daba lugar a que se produjeran frecuentes reyertas y escándalos que a duras penas acertaba a reprimir la fuerza pública.

Y puesto que los billetes han salido a colación, permitaseme un inciso para decir que la primera vez que se usaron para entrar en la Plaza de Toros de Madrid fué, según dice mi paisano Higinio Ciriya y Nasarre en su curiosísimo y documentado libro *Los toros de Bonaparte*, en la corrida que se celebró el día 24 de junio de 1810. Los hizo Clemente García; en total fueron 10.040; los cobró a treinta reales el ciento e importaron, por lo tanto, 3.012 reales. Antes de esto, se colocaban los porteros de la Plaza con unos talegos en la puerta de

## OJEADAS R

# EL TOREO EN LA ÉPOCA ROMÁNTICA

cada localidad, en los que echaban el dinero que el público pagaba para entrar, y a propósito de ello, vamos a referir una anécdota que no deja de ofrecer curiosidad, por la derivación que tuvo: «Ocurrió una vez que uno de los porteros cobradores, luego de actuar como tal, hubo de tomar parte como «cílope» en la pantomima taurina *La fragua de Vulcano*; cuando, luego de terminado el espectáculo, llegó el momento de rendir cuentas, no se conformó el empresario con el dinero que le entregó el empleado susodicho, y éste se disculpó diciendo que había salido a trabajar en la pantomima con parte de la recaudación y que, al revolverle un astado y romperle el bolsillo, había perdido en el ruedo lo que faltaba. No quedó satisfecho con tal explicación el empresario; el «cílope» en cuestión fué condenado a banderillar él solo al primer novillo de la mojiganga inmediata, y tan excelente traza se dió el hombre cuando llegó la ocasión de hacerlo, que desde entonces dejó de ser recaudador y figuró como banderillero en las funciones sucesivas.»

Pero la costumbre de los billetes no quedó definitivamente implantada en 1810, pues ya hemos visto que en la época de Montes solamente se usaban para las localidades de preferencia.

«Sería sumamente bueno para el público—sigue diciendo la *Filosofía de los Toros*— que todos los asientos se numerasen y cada cual se colocara en el que trajera anotado su billete; de este modo se evitaría la extraordinaria concurrencia que se advierte en algunos puntos de la Plaza, mientras que otros están enteramente vacíos, y además las rencillas e incomodidades que la multitud y estrechez traen consigo; también esta medida preavería en mucha parte los hundimientos y alborotos que la demasiada gente en un determinado sitio ocasiona con bastante frecuencia.»

Era corrientísimo que quien tomaba asiento en lo que hoy llamamos barreras y contrabarreras dejase su papel de espectador y tomase el de actor, llamando a las reses, agitando pañuelos, fajas y chaquetas para distraerlas y perturbando la lidia

con sus voces a los toros y sus denuestos a los toreros, los cuales temían tanto al «sentido» de las fieras como a la falta del mismo en no pocos espectadores. Las siguientes líneas pintan el cuadro de mano maestra: «Esto evitaría que desde las cuerdas estén incomodando a los lidiadores y que resabien a los toros con los pañuelos y demás engaños con que al cabo les descomponen la cabeza y dan muchas veces lugar a un contraste en que quizá pierde un hombre la vida, y vale más hacer un escarmiento en uno de estos inconsiderados, que regularmente están casi del todo ebrios, que autorizar con indiferencia el peligro a que exponen al infeliz torero, que, por muy diestro que sea, no puede lidiar con ventaja contra tantos azares.»

De la comodidad que el público disfrutaba en sus asientos puede dar idea el siguiente párrafo:

«Tampoco puede resistirse el abuso de los avellaneros, aguadores y demás vendedores: es un enjambre el que hay de estos hombres, que se creen autorizados para incomodar al que está pacífico en su asiento; se le ponen delante, quitándole la vista, lo pisan, lo ensucian, lo mojan, lo atolondran con sus descomunales gritos y es necesario valerse de la prudencia y sufrir o estar guerreando toda la función. No se debía permitir la entrada a estos hombres sino en cierto número.»

La organización de cuadrillas era casi un mito, y a Montes se debe, precisamente, el ordenamiento de ellas y la intervención de las mismas en el espectáculo con arreglo a su fin peculiar y a una disciplina hasta entonces casi inexistente. Los empresarios de entonces, que, como los de ahora (en esto no ha habido variación), iban a su negocio, procuraban ganar lo más posible, y como los hombres arrojados abundaban y siempre hubo ilusos

salían a torear verdaderas nulidades, a ciencia y paciencia de la Autoridad. El primer espada no sabía casi nunca con quién se jugaba su dinero y las cogidas, sustos y sobresaltos estaban a la orden del día. Así lo refiere Montes en la repetida obra, cuando dice: «He presenciado muchas cogidas por la poca escrupulosidad que tienen a veces los asentistas de la Plaza en escoger los toreros, poniéndolos como picadores hombres que ni aun saben tenerse a caballo, y como matadores, algunos muy malos chulos.»

Peró había algo más importante, y era la soberanía del público en la Plaza. Era inútil anunciar en los carteles que este o el otro espada mataría tales y cuales toros (los que le correspondían), porque el pueblo soberano hacía su santísima voluntad, disponía las cosas a su antojo y, si la mayoría militaba en el partido de determinado torero y a la Plaza salía una «perita en dulce» con la que aquél podía lucirse, no permitía que la torease el espada de turno, sino el diestro predilecto, y como la minoría se veía obligada a ceder y el presidente se cruzaba de brazos, todo iba manga por hombro.

¿Que hay exageración en esto? Pues veamos cómo lo refiere Montes:

«Este abuso es tan frecuente, que yo he visto corridas en que la primera espada, que era de conocida destreza, debía matar, según se infería del cartel, cuatro toros: la otra espada, tres, y el media espada, el último; y luego sólo mató uno la primera, dos la segunda y los restantes entre la media espada, dos chulos y otro que ni aun estaba en la cuadrilla.»

«Sabemos que, por desgracia, son muy frecuentes entre los toreros las rencillas y enemistades, que los espectadores parciales e imprudentes fomentan con sus determinados aplausos y gritos; de aquí es que muchas veces, cuando el partido de un torero es el dominante en la Plaza y se va a matar un toro boyante por el que sea su émulo, se forme aquella especie de motín en que, atropellando por lo justo

y por el orden establecido, se oponen a que haga la suerte el que debe y le obliguen a dar la espada al favorito de la plebe, que siempre es la que así se conduce, para que luzca con un toro que la casualidad había prevenido al otro, y con el que probablemente habría lucido su destreza.»

No es necesario hacer más transcripciones, que bien a lo vivo quedan retratados aquellos aspectos inherentes a la Fiesta que hemos querido señalar, los cuales bien merecen una difusión siquiera sea para que el lector tenga un conocimiento puro de lo que era el espectáculo taurínico en los días del Romanticismo.

Peró Francisco Montes, hombre de grandes empresas, eminente por sus dotes artísticas, por la acción, por el pensamiento y por la actividad creadora, intenta, y logra en gran parte, borrar aquellas taras y corregir muchos defectos, y en su época comienza una transformación feliz dentro de cuya continuidad de espíritu nos sentimos todavía.

Con los vicios que borró y las innovaciones que introdujo puso de manifiesto el ferviente deseo de construcción que siempre le animó; y como al construir quedaban arrumbadas las prácticas y costumbres de una vieja era, puede decirse de él que fué un revolucionario auténtico.

¿Y qué fueron los románticos sino revolucionarios?

¿No es curioso que mientras el espíritu y el gusto de la civilización informaban aquel nuevo carácter de la literatura se produjera también en nuestra Fiesta Nacional el rumbo señalado?

Es, pues, indudable que Francisco Montes fué un torero romántico, el torero romántico por antonomasia, puesto que su arte, sus actos, su influencia, cuanto en él hubo de anejo a la profesión, participó de las calidades románticas.

Justo será, por consiguiente, que su retrato ocupe preferente lugar en ese saloncito taurino del madrileño Museo Romántico.

Ahí va la «ideica», por si don Mariano Rodríguez de Rivas quiere recogerla.

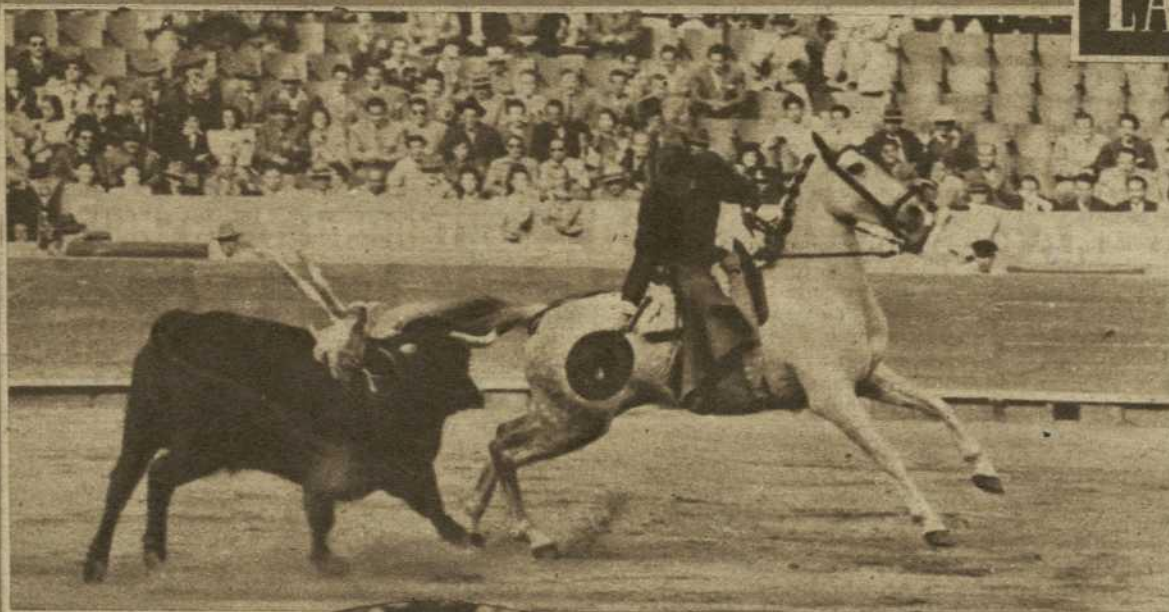
DON VENTURA

## ROSPECTIVAS



Buena suerte Señor Paco.

# LA DECIMA CORRIDA



Alvaro Domecq se lució principalmente toreando a caballo. Sale con limpieza del embroque, después de haber clavado un gran par de banderillas

Pie a tierra, Domecq hizo con la muleta una faena dominadora, aunque no tuvo suerte con el estoque. Aquí aparece dando un excelente pase de pecho

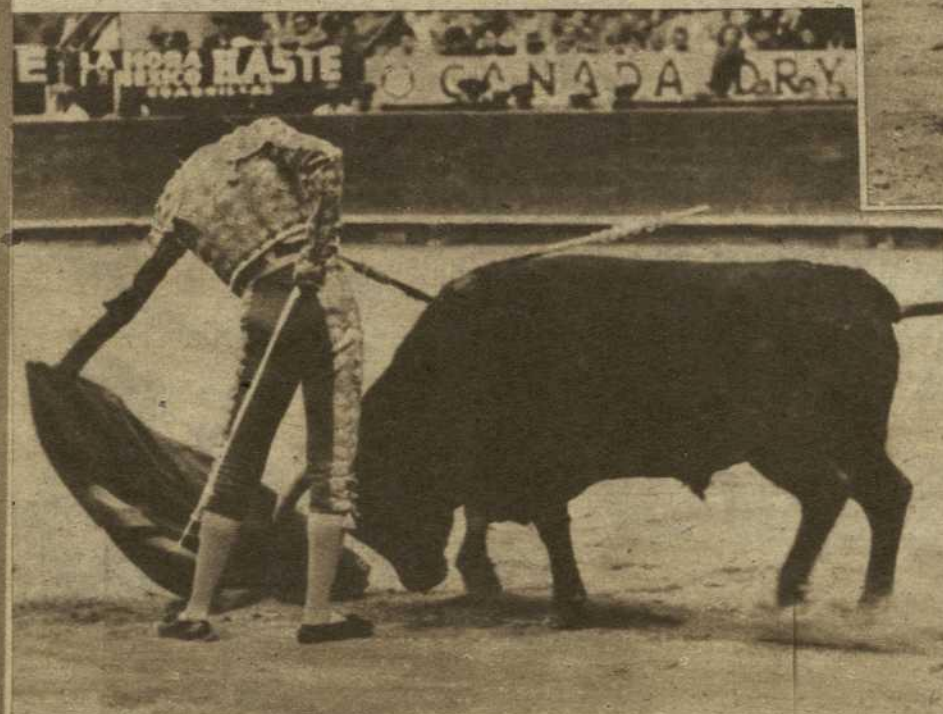
Alvaro Domecq Garza y Manresa del Xajay información

"más UNICAMENTE EN DIO LA V



Con lo que Armillita destacó fué con las banderillas. En cada uno de sus toros dejó buenos pares, como éste que recoge la fotografía que nos facilita Citra Gráfica

Armillita cita para el natural en postura no demasiado correcta. ¡Ese estoque tan fuera de su colocación habitual!...



... hasta que logra emparejarse con el de Xajay y consigue unos pases valentones

Lorenzo Garza no estuvo en esta corrida «magnífico» precisamente. Tuvo una mala tarde; pero se defendió con la capa, y dió algunos lances ceñidos, como éste de frente por detrás



# TEMPORADA EN MEJICO

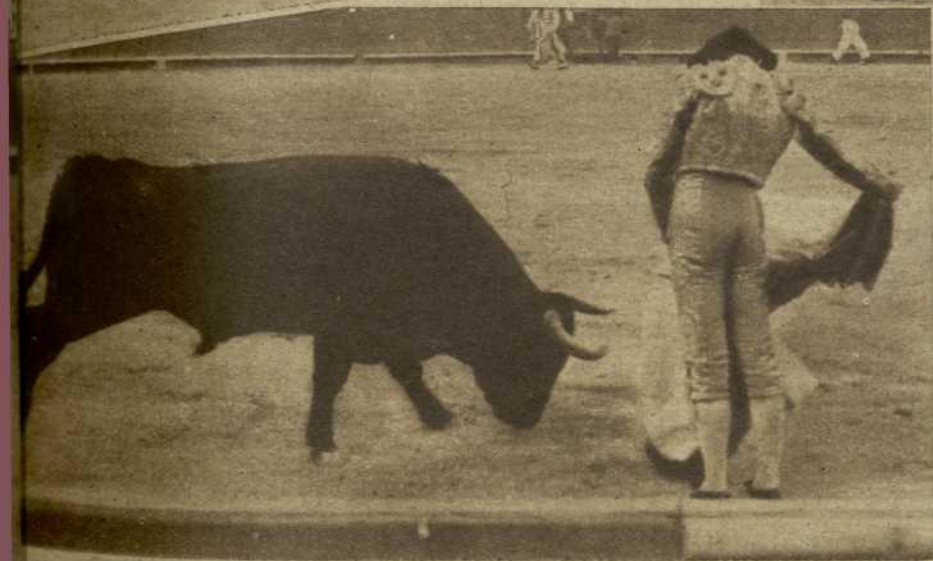
millita, Lorenzo Escudero lidiaron fue, según las canas, la corrida del año  
**NEADOR JEREZANO AL RUEDO**

Lorenzo Garza entra a matar. No vemos en la fotografía al toro; pero por la forma en que avanza el torero, no parece que lo haga con demasiada recatitud. →

Con la muleta, Lorenzo Garza empezó poniéndose a tono y dejando pasar al de Xajay a regular distancia. ↓



El toro ha doblado. Por si acaso lo dudáramos, Garza lo da a entender diciendo, poco más o menos: «He aquí mi obra!» Pero la obra no debió de ser gran cosa, por cuanto que a la muerte de uno de sus toros, escuchó pitos, y a la del otro fue abroncado.



Manolo Escudero, el fino torero madrileño, no está en vena. Destellos, detalles, algún lance de capa, como éste en que aguanta serenamente la embestida...

Todavía en su primer toro, Manolo Escudero se compuso un poco y dió algunos pasés de buena factura...



... Pero en el último estuvo muy desgraciado, y para colmo de desdichas, se le echó a la arena un espontáneo



Más tarde no acertó a hacerse con el de Xajay, y el toro acabó por ser devuelto a los corrales. (Reportaje Agencia Clifra Gráfica).

# «DE SOL Y DE SOMBRA»

**Los revendedores de billetes de toros antes de que se crearan las Agencias del 20 por 100**

**Miguel Arjonilla y Juanito el Pincha llevan revendiendo más de medio siglo.—Mil duros por un palco por ver a Belmonte.—Los aristócratas, parroquianos de Valbuena**

Las Agencias del 20 por 100 fueron creadas en 1913

**H**OY viene a las columnas de EL RUEDO, el revendedor de billetes, personaje que, al margen de la Fiesta propiamente dicha, se mueve y tiene una destacada actuación en su ámbito. Es «ese» a quien tú, concurrente asiduo a las corridas de toros, has hecho objeto de las más acerbas críticas, pero que es también a quien, en alguna ocasión, has buscado con afán, en apremiante demanda para que te sirviese unas localidades cuando has visto el cartel de «No hay billetes», y a quien has quedado agradecido —a esto llega la afición—, a pesar de haberle pagado bien el «favor» que te ha dispensado. Otras veces, aunque no haya grandes prisas en las taquillas de las Empresas, has recurrido a él, encargándole tu pedido, simplemente por evitarte molestias. De lo que se deduce que una gran parte de la razón de su existencia radica en la buena disposición del público para pagar con demasía la obtención del billete con el que poder presenciar esos «acones» soñados, fantásticas ilusiones que, ¡ay!, la mayoría de las veces quedan fallidas.

Yo sé desde hace mucho tiempo que el decanato de la reventa se lo disputan dos viejos profesionales: Miguel Arjonilla y Juanito el Pincha. Decidido a entrevistarme con ellos, y como ambos se hallan enfermos, les he visitado en sus propios domicilios.

## Arjonilla, revendedor audaz y admirador de Joselito

En una humilde vivienda de la calle de Batazar Bacheró encuentro a Miguel Arjonilla Gambero, hombre que fué de gran corpulencia y que hoy se halla agobiado por una parálisis, que le ha sumido en impresionante decrepitud. Aprovecho un momento en que se alegra su ánimo para hacerle unas preguntas, a las que contesta, paradójicamente, con jovial simpatía.

—Hábleme algo de su vida—le decimos.

—Tengo setenta y dos años. Nací en Madrid, y trabajé, siendo un chaval, en el oficio de platero. Mis hermanos mayores, Julián y Agustín, se dedicaban a la reventa de billetes, ganando bastante más que yo, lo que me indujo a trabajar con ellos. No puedo precisar la fecha en que empecé a revender; pero puede usted asegurar que fué en el ochenta y tantos. Era la época de Frascuelo, Lagartijo, El G. llo y Mazzantini, sin que todavía hubiera tomado la alternativa Guerrita. Mis comienzos fueron en la clandestinidad, si bien pronto adquirí la patente individual, con la que mi profesión era legal, ya que estaba en posesión de la chapita que el Ayuntamiento nos entregaba, mediante el pago de una cantidad anual, dividida en semestres, y con cuyos requisitos cumplidos podíamos revender los billetes para toda clase de espectáculos, sin límite en el sobreprecio.

—¿Cuándo empezaron a funcionar las agencias del 20 por 100?

—Las Agencias con el 20 por 100 fueron creadas al amparo de una Real orden del 29 de enero de 1913, siendo ministro de la Gobernación don Santiago Alba y director general de Seguridad el general Méndez Alanís. Pero la reventa había sido prohibida por don Juan de la Cierva cuatro años



Chapa dorada que usaban los antiguos revendedores antes de que existieran las Agencias autorizadas, y que usó durante mucho tiempo Miguel Arjonilla



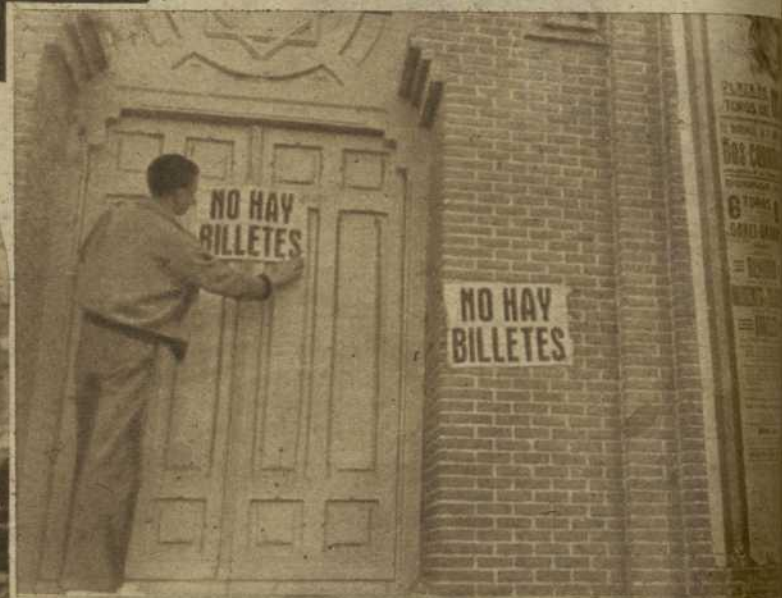
El veterano Miguel Arjonilla, hace ya bastantes años, en la feria de Bilbao. El público bilbaíno paga bien y al revendedor espera confiado...

Aunque amigo de la grandeza, Valbuena no es amante de la etiqueta...

antes. Excuso decirle a usted que en todo este tiempo se siguieron revendiendo billetes, aunque entonces teníamos que exponer, con lo que la prima del público era mayor. La primera Agencia que se estableció en Madrid lo fué en un quiosco, frente al desaparecido teatro Apolo, y eran los dueños mis hermanos y un tal Cartagena, que eran de los revendedores más ricos de aquellos tiempos. Luego hubo otras en las calles de Arlabán, Sevilla y de la Victoria. En una de las que se instalaron en la calle últimamente citada tuve participación con mis hermanos. Era un pequeño local que nos arrendó la tintorería titulada «Leberon de París», antigua tienda establecida en el número 9. Desde entonces he formado parte de diversas Sociedades, compuestas por tres o cuatro revendedores, dedicadas a la explotación del lícito negocio; pero como no he de engañar a usted, se ha ido simultaneando con la reventa clandestina.

—Pero eso habrá tenido sus quiebras, sus percances...

—¿Percances? ¡Muchos! Yo he sido detenido unas setenta veces en diferentes sitios de España. Si a esto se une las que ha habido «jabón», comprenderá usted que no es oro todo lo que reluce. Aunque yo no puedo quejarme: he ganado mucho; pero la clase de vida que he llevado durante muchos años hace que me encuentre en este estado de pobreza, y voy saliendo, gracias a Dios, con la ayuda de mi mujer, que revende Lotería. A pesar de mis años y mis achaques, he salido a la calle, en el pasado verano, colocándome algún billete que otro, proporcionándome así algunas pesetillas. ¡Manoleta y Arruza son buena materia prima!



Cuando en las taquillas de la Empresa se pone el cartelito de «No hay billetes», es cuando la reventa se alborozza (Fotos Sierra Calvo)

—¿A cuánto ha ascendido su mayor ganancia?

—¡Vaya una preguntita! Pero se la contestaré. El billete que he vendido más caro fué un palco, por el que me dieron cinco mil pesetas, en Santander, cuando la reaparición de Belmonte, que alternó con Marcial y Algabeño en la lidia de reses de Concha y Sierra. El comprador fué un señor cubano, que me pidió un «camarote»; y como yo sabía, por haber estado tres años en Cuba, que lo que quería era un palco, le ofrecí uno que me quedaba, pidiéndole las cinco mil pesetas medio en serio y medio en broma. ¡Figúrese mi asombro al decirme que se lo llevara al hotel! Cuando llegué, tenía los cinco «sacos» —billetes de mil pesetas— encima de la mesa. Pasé mi susto hasta verme en la calle y comprobar que aquel señor no era un gancho de la «pasma», sino un «buen aficionado». Le debo advertir que no fué caro, porque Juan Belmonte hizo aquella tarde una gran faena, que levantó al público de sus asientos, y eso no se paga con nada!

—¿Era usted belmontista?

—¡Quia, no, señor! No he





# LEBERON DE PARI



Epoca de la competencia de Joselito y Belmonte. Los billetes se han agotado. Miguel Arjonilla (x) y sus socios sonrien...

Murió José y se fué Juan. Crisis en la Fiesta. Sobran localidades. Arjonilla (x) y sus consocios ponen mal ceño



sido belmontista. A mi juicio, el mejor torero ha sido Joselito, que no tenía más que un defecto.

—¿Cuál?  
—¿Que siempre estaba bien!  
—¿Qué corrida recuerda usted que haya despertado mayor expectación?  
—La corrida que despertó mayor expectación fué la de la retirada de Bombita —el 19 de octubre de 1913—, aunque se haya ganado más dinero en la de Beneficencia del año pasado con Manolete.

Veo que Arjonilla se fatiga, y no quiero molestarle más. Su despedida es decirme que su anhelo es ingresar en un asilo, donde poder vivir el resto de sus días, que él cree serán pocos...

## El Pincha, al contrario, es miedoso y era belmontista

También en los barrios bajos, en la calle del Amparo, doy con Juan Fernández Olandía, El Pincha, quien, con sus setenta y cinco años, sigue dedicado a la reventa. Está algo delicado de salud, pero con mejor apariencia que su antiguo compañero. A parecidas preguntas, me responde:

—Tenía siete años cuando vine a Madrid, desde Valladolid, en cuya capital nací. Pronto empecé el oficio de zapatero; mas aquello no era para mí, y allá por el ochenta y cinco me puse a revender billetes a la sombra de aquella baraja de revendedores formada por Gallares, Juan Cartagena, Noriega, Blas Sedeño, los hermanos Arjonilla, Marcelino el Habanero, el Portero, Emilio el Cacharrero, Gabriel de la Fuente, el Cañamón y los hermanos Alguacil, entre otros de menor nombradía. Al principio, no podía competir con ellos, ya que todos manejaban más dinero que yo; pero en unos años, no muchos, como la época era muy buena, especialmente las temporadas de los teatros Príncipe Alfonso, Felipe y el Circo Hipódromo, pude darme de alta en la contribución para revender licitamente, por lo que se pagaba entonces anualmente a la Hacienda 285,72 pesetas. Había que proveerse, además, de la correspondiente licencia del Ayuntamiento, que costaba 182,50 pesetas por semestre. Estábamos obligados a ostentar, bien en la gorra o en la solapa, una pequeña chapa dorada y llevar un cajetín con el nombre y el número de la chapa, debiendo estampar éste en todos los billetes adquiridos. Al establecerse las agencias, tuve participación en algunas; pero existían grandes dificultades para salir airoso. Una de ellas, enclavada en la calle de Sevilla, era propiedad de un tal don Fausto, hombre que se jugaba a la Lotería los billetes de Banco por kilos, y era él quien podía

quedarse con las mejores localidades, por lo que se llevaba toda la clientela madrileña. Por eso, a partir de entonces, he salido todos los años a las ferias del Norte. En ellas he ganado bastante, sobre todo en Bilbao, cuyo público es de los que más pagan; mas allí había que luchar con los compañeros locales, como Cándido el Melucero, Pio, Sotero y Emilio el Burrero, que conocen mejor que nosotros aquel mercado y tienen sus parroquianos. Igual pasa en Barcelona, adonde no solemos ir los de Madrid, porque es muy difícil ganar la pelea a los revendedores que habitan y trabajan habitualmente en la Ciudad Condal.

—¿Alguna ganancia extraordinaria en el oficio?  
—Lo que se dice

que tomamos nuestras medidas de precaución y el grueso del billeteaje no lo llevamos encima. Lo suele tener alguna persona de confianza —generalmente, mujeres—, situada en las proximidades de donde ejercemos la industria. Pero que conste que yo ahora no necesito hacer nada de eso, porque tengo mi agencia, a cuyo negocio legal me consagro y vivo más tranquilo. ¡Menuda carrera me dio la Policía desde el despacho de la Empresa hasta una taberna de Puerta Cerrada! Y menos mal que dió tiempo a que sacara los billetes una muchacha metidos en un cántaro.

—¿Qué torero le ha gustado más?

—Sin dejar de reconocer que Manolete vale mucho, y que me ha proporcionado mayores ingresos, sigo siendo admirador entusiasta del coloso de Triana, aunque confiese que he aplaudido muchas tardes al malogrado José... Pero... como Juan, ¡nadie!

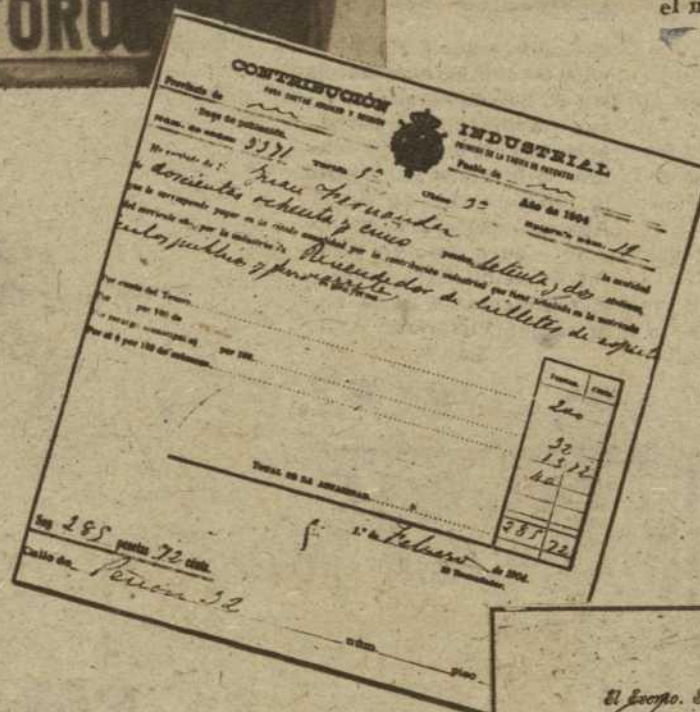
Terminamos la conversación, dejando a este hombre en un modesto hogar, donde viven su hija y cinco nietecillos, que son mantenidos con los ahorritos del abuelo.

## Valbuena ha servido a toda la aristocracia

Otro revendedor muy conocido es Luis Roncero López (a) Valbuena, siquiera sea de más corta historia en los anales de la reventa, con la particularidad de que éste siempre la ha ejercido en la clandestinidad.

Su apodo tiene el origen siguiente: Cuando era un chiquillo, vendía periódicos en la puerta de la antigua Peña —calle de Alcalá— y servía diariamente *La Corres...* al conde de Santa Coloma. El ilustre prócer le daba cada vez cinco pesetas. Para el muchacho, aquello era una fortuna. Mas el conde llevaba unos días que no compraba el bien pagado diario a Luis, y entonces resolvió fingir un desmayo con lo que llamar la atención de parroquiano tan generoso. Llevó a efecto su idea, y consiguió lo que se proponía, ya que el conde ayudó a levantar del suelo al astuto vendedor y le siguió cogiendo el periódico por espacio de mucho tiempo, mediante la entrega del acostumbrado duro. Conocida la hazaña por los cocheros del lujoso Círculo, empezaron a llamarle *El pobre Valbuena*, y con los años perdió la «pobreza», quedándose con Valbuena a secas.

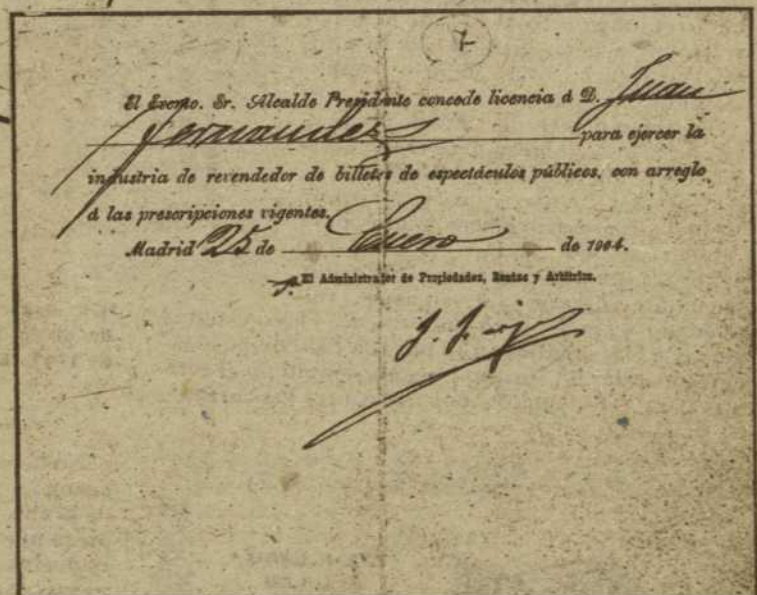
En el teatro Real, y en los deslumbrantes bailes celebrados en los salones de nuestra aristocracia, Valbuena conoció a lo más destacado de la grandeza española, a la que prestaba diversos servicios; y como era un mozalbete avispado y simpático, se ganó el afecto de aquélla, que en alguna ocasión trató de favorecerle proporcionándole colocación.



Patente de contribución industrial que pagaban en el año 1904 los revendedores. Este documento pertenece a Juanito el Pincha

cobrar un billete con demasiada prima, no lo he hecho nunca, porque siempre fui miedoso, y además, porque entiendo que para vivir de esta profesión hay que tener consideración con el público, que se la merece, y el que abusa pierde la confianza del cliente y la de nosotros mismos, ya que a todos perjudica. Puedo asegurar a usted que los precios escandalosos no son impuestos por la reventa profesional, sino por los que accidentalmente se aprovechan, en ocasiones propicias, para hacer su agosto. En la actualidad es el mismo público el que revende, tan pronto ve la manera de alcanzar un beneficio regular, y hay muchos que no tienen el carnet nada más que para ganar todo lo que puedan en los festejos de trono. Creo que con el abono, como se hacía años atrás, esta combinación quedaría menguada, ya que para adquirir las entradas harían falta mayores disponibilidades económicas.

—¿Algún quebranto importante?  
—A pesar de ser comedido, he sido detenido una infinidad de veces. Eso sí, sin gran detrimento, ya



También es del año 1904 esta licencia del Ayuntamiento de Madrid

Y es tal su «vocación» por el oficio, que a pesar de estar al frente de un comedor económico, instalado en distinguida barriada madrileña, hace «novillos» los días de toros, para ofrecer su mercancía con el clásico pregón, a media voz: «Señorito, de sol y de sombra, que no hay!»

**CUALQUIER** maduro aficionado puede recordar sin gran esfuerzo la última lucha entre un tigre y un toro, espectáculo que, precisamente por ahora hace treinta años justos y cabales, hubo de verificarse en la Plaza vieja de Madrid.

Para dar mayor atractivo a una de las novilladas invernales, organizadas, entre otros elementos, por el popular y ya fallecido apoderado don Victoriano Argomániz, anuncióse a bombo y platillos, para el día 21 de enero de 1917, la corrida cuyo principal aliciente radicaba en la terrible lucha de feroz tigre con bravo toro de Colmenar.

Completaba el programa la lidia de cuatro novillos procedentes de las vacadas de Aleas, Pérez Tabernero, Bueno y Baza, por los diestros Remigio Frutos, Algeteño, y Mariano Sánchez, Faroles.

Mas antes de hablar del festejillo, y por venir en este momento como anillo al dedo, permítasenos traer a colación algunas luchas de fieras con anterioridad celebradas en las Plazas madrileñas.

Sin remontarnos a los siglos XVII y XVIII, durante los cuales ya se verificaban estas luchas, citemos otras posteriores que los vecinos de la Villa y Corte hubieron de presenciar, tanto en el ruedo de la puerta de Alcalá como más tarde en su sustituto de la carretera de Aragón.

Y por orden cronológico, veamos los más importantes encuentros sostenidos por el toro con fieras de diferentes especies, luchas que terminaron siempre con la fragorosa victoria del bravo y noble cornúpeto.

El 12 de mayo de 1848, el toro Señorito, de la ganadería de Benjumea, luchó con un tigre real de Bengala. En los primeros encuentros el toro volteó al felino, mandándolo de una cornada en el cuello.

El 15 de agosto de igual año se verificó la lucha del toro Caramelo, de Suárez, con un león y un tigre. Caramelo volteó diversas veces al león, haciéndole huir, y aconsetiando luego al tigre, lo lanzó al aire, sin que las acobardadas fieras tuviesen ganas de continuar la pelea.

Los días 23 y 25 de mayo de 1865 el elefante Pizarro luchó con los siguientes toros, que sucesivamente le fueron enfrentados: Liebro, de Bañuelos; Bolero, de Gala Ortiz; Garabato, de Fontecilla; Mainete, de Carriquiri, y otro de origen cunero. Todos acometieron al paquidermo, distinguiéndose Bolero, que hirió a Pizarro en la trompa.

El 9 de diciembre de 1894 se anunció la lucha entre el toro Caminero, de Esteban Hernández, y el león Regardé. Doce veces, según las crónicas, acometió el bravo toro al Rey de la Selva, volteándolo siete, entre el aplauso de la concurrencia, hasta dejarlo completamente moribundo.

Tres años más tarde, el 28 de noviembre de 1897, celebróse otra lucha en la que contendieron el toro Regatero, de Antonio del Campo, y un tigre real de Bengala. Encuentro emocionante por la rapidez con que el tigre se abalanzó al toro, haciendo presa en el morrillo. Sacudióse Regatero al enemigo, volteándolo a placer; pero nuevamente clavó éste las garras y los colmillos en la papada del bovino, desgarrándosela. En furioso forcejeo, empitonó el toro a la fiera, estrellándola, por fin, contra los barrotes de la jaula.

## ULTIMA LUCHA DE FIERAS EN MADRID

### Y ALGUNAS ANTERIORES, EN LAS QUE SIEMPRE VENCIO EL TORO



Cortador, bravo y difícil novillo de don Manuel García Aleas, lidiado en primer lugar —sin caballos— por Algeteño el día en que se celebró en la Plaza de Madrid la última lucha de fieras. Aparece acariciando al novillo —cuyo peso en canal fué de veintiséis arrobas— el representante de la empresa don Victoriano Argomániz



Un momento de la última lucha de fieras verificada en la Plaza de Toros de Madrid el 21 de enero de 1917. El toro de Bañuelos contemplando a su rival, vencido y moribundo

No debió de dejar la fiesta mal sabor de boca, cuando, aproximadamente a los dos meses y medio de la anterior, 13 de febrero de 1898, montó la Empresa nueva lucha, a base del toro Sombrerito, de Bañuelos, y el elefante Nerón. Atacó el colmenareño tres o cuatro veces al elefante, sin gran reacción por parte de éste. Soltóse otro bicho de Bertólez, de nombre Polvorilla, y de la primer embestida derribó a Nerón. El cual, rompiendo la cadena con la que estaba amarrado, huyó cobardemente, perseguido por el toro.

Al siguiente año —23 de enero de 1899— hubo la lucha del toro Panderete, de Udaeta, con las leonas Sabina y Nemea, que salieron del trance asustadas y malheridas, y el 2 de febrero de 1900, el toro Carasucia, de López Navarro, se las entendió con una pantera, luego con una osa y después con una leona, a cuyas tres fieras causó heridas el toro,

acorrallándolas en un ángulo de la jaula. Por Plazas provincianas continuaron explotándose estas funciones, dando origen alguna de ellas, como la de San Sebastián, el 24 de julio de 1904, a verdadera batalla campal.

Luchaba dentro de la jaula un toro de López Plata, llamado Hurón, y un tigre. Embistió el toro a su adversario, cogiéndolo de lleno contra los barrotes, y a consecuencia de la brutal cabezada se abrió un hueco en la jaula, por el que salieron al ruedo los dos enemigos. El pánico cundió por toda la Plaza. Público y guardias dispararon sus armas, y el resultado fué una persona muerta y muchas más heridas.

En Madrid se celebró el último espectáculo de esta clase, como al principio consignamos, el 21 de enero de 1917. Y a raíz del mismo, la autoridad, con buen criterio, los prohibió radicalmente.

No fué muy divertida que digamos la tal lucha. A pesar del reclamo hecho por la Empresa, la gente prefirió quedarse en casa al calor del brasero, viéndose desolados los tendidos de la Plaza.

Si algún aliciente tuvo la fiesta, consistió en la lidia de cuatro novillos de los de entonces —capaces de espantar al coletudo más barbián de hogaño—, sobresaliendo Cortador, de Manuel García Aleas, noble bicho que se dejó acariciar en los corrales por cuantos aficionados lo desearon. El tal novillo, muy bravo, por cierto, pesó,



El valeroso ex alcalde de Algete, Remigio Frutos (Algeteño) lanceando a Cortador como se hacía en aquellos tiempos —por ahora hace treinta años—, sin importarle el estorbo de la jaula, dentro de la que, después de la novillada, lucharon el toro y la pantera

en canal, 299 kilos, siendo estoqueado valerosamente por el ex alcalde de Algete.

Y al final de la corrida dióse entrada en la jaula, al mismo tiempo, por dos puertas, una enfrente de la otra, al toro de Bañuelos y al famoso tigre, que resultó vieja y famélica pantera. La lucha careció de interés, puesto que a las primeras de cambio el toro zamarreó y corneó violentamente al pobre gato, arrojándolo como triste guñapo junto a la verja.

Sin embargo, aun recordamos el único momento de relativa emoción: hallábase la fiera, tendida y moribunda, pegada a las barras de la jaula. Acercóse el de Bañuelos a olisquearla, y aquella, en las ansias de la agonía, dirigió furiosa zarpada al hocico del toro, dejándosele convertido en sangrante pingajo.

Nada más dió de sí la última lucha de fieras verificada en la Plaza de Madrid, de la cual salió el público más aburrido que una ostra. Paparrucha, además, que por parte de críticos y espectadores meteció agrias censuras.



ANTES DE COMPRAR UNA CAJA, PIDA CATALOGO A LA FABRICA MAS IMPORTANTE DEL RAMO

ARCAS GRUBER S. A.

**GRUBER** BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

# MARCELINO CANO

## PRONOSTICA TOROS DE CINCO AÑOS PARA LA PROXIMA TEMPORADA



aficionados. Me refiero a las parejas rivales. Josecito y Belmonte, Frascuelo y Lagartijo, y otros de la misma época o de otras anteriores, despertaron la polémica que siempre ha sido la llama votiva de la emoción de la Fiesta. ¿Qué parejas existen ahora que creen el ambiente polémico de las peñas taurinas? Ninguna. Tenemos figuras aisladas. Surgió Manolete, y no hubo quien le igualara. Y si Manolete no nos fuera a dejar pronto, tendría su rival en el torero joven que hoy reúne, además de su estilo propio y su gran personalidad profesional, reminiscencias de los viejos maestros, superadas, claro está, aunque esto hará gritar de indignación a aquellos que admiran a los toreros de otros tiempos y los colocan por encima de todos. Es indudable que Guerrita fué un gran torero, valiente y depurado. Pero tampoco es menos cierto que, después que él, se han visto cosas mejores en los ruedos. ¿Qué valor tienen hoy, por ejemplo, los veintitantos naturales de Chicuelo, que en su tiempo revolucionaron al público de toros?

—Aclárenos usted dos cosas: ¿En qué se funda para decir que Manolete nos abandona, y quién es el joven prodigio a quien usted se refiere?

—Lo de Manolete está bien claro. Un torero que deshace su cuadrilla, da un cierto indicio de que poco le veremos ya. En cuanto al valor joven que creo supera hoy a todos los demás por su arte, su valor y su emoción perfectamente conjugados, es Luis Miguel Dominguín.

—Ahora hablemos del toro. ¿Está usted de acuerdo con los que protestan de las reses pequeñas?

—No quiero negar, y me parece importante manifestarlo, que me gusta el toro grande. Pero como verdaderos aficionados hay pocos, y la generación de jóvenes espectadores no entiende nada —salvo excepciones, claro—, si se vieran de nuevo en los ruedos aquellos toros grandes de otros tiempos, protestarían contra los toreros como protestan ahora contra los toros, porque exigirían que se diera a los bichos grandes la misma lidia que se está dando a los de tres años que hoy vemos. Como es natural, si el toro es muy potente, no puede el torero arrimarse demasiado, y la gente chillaría y pediría que toreara con la izquierda.

—Eo fin..., que por lo visto lo que la gente quiere es que mate al torero... ¿Cuál es la suerte que más le gusta ver?

—El pase natural, rematado por el de pecho.

—¿Por qué cree usted que los jóvenes de ahora no entienden de toros?

—Porque van a las corridas como irían a otro espectáculo cualquiera, a ver una película o a un partido de fútbol. Hablan de toros sin estar capacitados para enjuiciar. Y, aun muchos que



han conocido otras generaciones toreras, no comprenden algo tan natural como la evolución en el arte de la lidia, y en cambio, protestan cuando uno de los actuales toreros adopta modos como los de quienes fueron ídolos en tiempos pasados. Se habla mucho de los gestos de aquellos toreros; de los famosos afardes de Guerrita y de otros, y sin embargo no se perdonó a Luis Miguel Dominguín, y se achacó a desmedida vanidad suya, aquel brindis a Gangoiti, que remató diciendo: «... y aunque tus paisanos no lo crean, soy el mejor torero.»

—En resumen, que usted cree que el público pide demasiado.

—Suele ir dispuesto a encontrarlo todo mal.

—¿Cree usted que el precio de las corridas, debido a la altura que ha alcanzado, es un peligro para la afición?

—Desde luego no puede negarse que están por las nubes. Pero los aficionados continúan acudiendo a la Plaza cuando se les ofrece un buen cartel, y pagan por una localidad cuanto se les pida. En la última de Beneficencia se pagó multiplicado el importe de algunas localidades, que, como usted sabrá, no eran baratas.

—¿Qué problema considera usted más importante en las corridas actuales y qué medios pondría para remediarlo?

—Es necesario que se toreen reses mayores o que desaparezcan los petos. Resulta un martirio inútil para el animal la suerte de varas tal como hoy se realiza, y además, tampoco da lugar a que el torero se luzca si llegado el momento de la suerte suprema el toro está demasiado castigado. Afortunadamente, en la próxima temporada veremos toros grandes. En varias ganaderías castellanar han quedado toros de cuatro años, que para las corridas próximas estarán del todo cuajados.

Este augurio feliz es el broche que cierra nuestra entrevista. Si se cumple, felicitamos a los partidarios del toro grande. Y esperamos que no surja ningún problema de incomprensión por parte del público, de esos que también ha vaticinado don Marcelino Cano.

PILAR YVARS

Don Marcelino Cano es una figura que se ha hecho popular entre toreros y aficionados.

Y sabe tanto de toros, que cuando empieza a hablar de su tema favorito, las horas se convierten en minutos para él y para quienes le escuchan con el interés del buen apasionado de la Fiesta. Sus ojos inteligentes, los gestos de sus manos, redondean la elocuencia de sus disertaciones taurinas, que nos sería muy agradable poder transcribir con sus propias palabras, ya que pocos como él pueden dar sobre este tema —con tal acierto, tan sin titubeos y con tanto sentido de la exactitud en los términos y expresiones— su opinión de aficionado entendido.

Le vimos en el café donde tiene su peña. Allí se escuchan con frecuencia sus opiniones. Hoy nos toca a nosotros oírlos...

—Vamos a ver, don Marcelino: ya que ha presenciado usted tantas corridas y le gusta con delirio la Fiesta Nacional, díganos algo de ella.

—He visto muchas corridas, como usted dice. Tengo cuarenta y un años. Por tal motivo puedo hablar del toreo de ahora y parangonarlo con aquel de otra época que he conocido.

—¿Qué nombres famosos figuraban en los carteles cuando usted empezó a asistir a las corridas?

—Bombita, Machaquito... Recuerdo el año trece, en que asistí a la alternativa de Belmonte. Días más tarde presencié la retirada de Bombita, en cuya última corrida le acompañaban —lo recuerdo bien— Machaquito, Gallo Grande y Regaterín.

—¿Es usted partidario del toreo de entonces o prefiere el actual?

—Aunque entonces hubo valores innegables en el toreo, creo que hoy contamos con otros, jóvenes, que al valor y al arte de aquéllos han añadido cualidades personales que los colocan en un lugar superior al que los famosos espadas de entonces ocuparon. Hoy, sin embargo, falta algo en los ruedos que es elemento principalísimo para despertar el apasionamiento entre los

# LOS SECRETOS DEL TORO

III

**S**ON tantos los casos raros de *conducta profesional* del toro, que ya es cosa de terminar esta serie —que, de otro modo, sería inacabable— con unos cuantos ejemplos más, reunidos brevemente en este solo artículo, sin lujo de detalles, reducido el relato casi a una simple exposición.

En los dos casos anteriores, publicados en estas páginas, cité los nombres de las ganaderías a que pertenecían los toros, días y carteles de las corridas en que se lidiaron, para que los lectores no atribuyesen lo que yo escribí a excesos de mi calenturienta imaginación. Ahora suprimiré especialmente lo referente a los ganaderos, para que no se achaque a propaganda lo que sería nada más deseo de puntualizar. Pero los ejemplos que hoy voy a exponer son tan ciertos como los dos anteriores. Respondo de su veracidad, realidad y autenticidad.

Un becerro, al nacer, perdió a su madre. La vaca, de bonísima casta, mereció en la tiente la nota mejor. Calcúlese el interés del ganadero por que el becerro no se malograra. Afortunadamente, una de las vacas de una yunta de labor había perdido su cría un día antes. Se intentó juntar al becerro bravo con la vaca mansa, y se consiguió. El ternero se agarró a la ubre, la vaca se dejó agarrar, y todo fué como una seda. Pero la yunta volvía todas las tardes al establo del pueblo, y todas las mañanas salía del establo al campo. Y aquel becerrillo de sangre brava estuvo durante muchos meses —hasta que llegó el día del herradero, y en él, su definitiva separación de su *ama de cría*— cruzando todos los días dos veces —al amanecer y a la caída de la tarde— las calles del pueblo, siguiendo dócil al *carro* donde iba uncida la *nodriva*, sin hacer caso de las muchísimas personas que se cruzaban en su camino, ignorantes de la brava condición de aquel animalejo, al parecer, inofensivo. En el herradero dispuso las dudas de su dueño, mostrándose como una verdadera fierecilla, y en Madrid se lidió Sonajero —que así se llamaba nuestro héroe—, haciendo una gran pelea, brava y noble; tanto, que fué ovacionadísimo en su arrastre, en tiempos en que aplaudir a un toro era cosa verdaderamente excepcional. La leche mansa no agrió la sangre brava.

En Madrid salió un día por los chiqueros, en primer lugar, Curro, un toro negro, gordo, grande, hondo, ancho de cuna. Un hermoso ejemplar que correspondió a Fortuna. Tomó de mala gana los primeros capotazos, y no se consiguió que se arrancase ni una sola vez a los caballos. Apenas vería a uno delante, volvía la cara y salía huyendo des-pavorido. Hubo que foguearle. En cuanto sintió el primer par sobre el morrillo, se enfureció de tal modo, que desde entonces embistió a todo y a todos con un genio y una bravura excepcionales. Fortuna, en vena de inspiración y de valentía, aguantó las terribles embestidas de aquella verdadera fiera en una meritísima faena sobre las piernas, que hoy quizá se hubiera protestado por *movida*, y que fué de un inte és y de una emoción extraordinarios, mucho más que las faenas estatuarias de hoy. ¡Cualquiera hacia la estatua con aquel bravísima fogueado! Cuando el toro rodó, fulminado por un volapié... de Fortuna, el público pidió, y obtuvo, la oreja para el matador, y despidió al bicho en su arrastre con una enorme ovación. Quizá haya sido el único caso de ovacionar a un toro fogueado, que no había tomado ni una vara.



UNGUENTO ANTISEPTICO  
PARA ACCIDENTES Y  
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

Censura  
sanitaria  
n.º 3970

QUEMADURAS - GRANOS  
ULCERAS - HERIDAS  
VENTA EN FARMACIAS



Chiquito de la Audiencia



Gitanillo de Triana

Envío —A mi buen amigo el gran escultor Sebastián Miranda: En su corrida de cuarenta toros a elegir, ninguna figura hubiera elegido ese toro, ¿verdad? ¡Y qué toro tan bravo nos hubiéramos perdido! Es más: la bravura de ese toro, ¿la habría elegido alguna figura?

El caso del toro que se deja acariciar en el campo y en los corrales y hace después una lidia brava es muy corriente. Pero no lo es el del toro Caporal. Perteneciente a una ganadería española, se lidió en Caracas. Desde que llegó allí hasta que se corrió, le acarició quien quiso. Fué tan bravo en la Plaza, que después de haberle dado un pinchazo hondo —casi media estocada— Chiquito de la Audiencia, el público pidió que perdonasen la vida a la noble res. Así se hizo, y el Presidente de la República venezolana ordenó que curasen las heridas del animal —que soportó pacientemente las curas— y se lo llevó al jardín de su palacio, donde vivió años en completa libertad, como un animal doméstico más, dejándose tocar y acariciar de todos.

A una corrida-concurso de ganaderías, en Valladolid —los matadores eran Vicente Barrera, Gitanillo de Triana y Manolito Bienvenida—, fué el toro Confitero de la mejor casta, como es natural, yendo destinado a un concurso. Salió despacio y se paró en el centro del ruedo. Los peones flameaban desde lejos sus capotes, sin que el toro les hiciese



Fortuna

el menor caso. Al fin, tras de algunos minutos, el peón se decidió a acercarse y le echó el capote. El toro, asombrado y asustado, dió un pequeño y tímido saltito hacia atrás y se quedó mirando al torero con cara de estúpido. Aquello se repitió cinco o seis veces entre la gritería general. Salió el pañuelo verde. El toro, al ver a los bueyes, se quedó tan tranquilo. Al cabo de más de un cuarto de hora de maniobras infructuosas para devolver el bicho a los corrales, un peón se acercó cautelosamente, con el capote plegado dió un golpe en los cuartos traseros del animal, que, al sentir aquello, trató como pacífico borriquito, unos pasos hacia adelante. Envalentonados los demás toreros, siguieron dándole con sus capotes en las nalgas. Y así, dando de lidiadores que le *arreaban*, huyendo de ellos, entró por la puerta que conducía al corral.

El ganadero, asombrado, terminada la corrida, fué al desolladero y pidió que examinasen detenidamente los depojos de aquel toro. Y el detenido examen dió por resultado que la sesada del bicho pesaba bastantes gramos menos de lo natural. Tenía poco seso. ¡Era tonto!

Si no fuese por cosas como estas que se saben, por otros miles de casos que no se saben, sería difícilísimo ser ganadero de reses bravas: escoger en la tiente las vacas mejores; tentar unos beceros para elegir para semental el que resultase de bandera. Y a esperar. Todas las crías —machos y hembras— serían de bandera también. Pero...

Toros que cruzan las calles, durante meses, traen un carro donde va uncida la vaca mansa que les cría, y son bravos. Toros emparejados con un caballo, que al día siguiente destrazan a cornadas un caballo igual. Toros cobardes, que, al sentir el primer par de banderillas de fuego, cambian y muestran bravísimos hasta su muerte. Toros bravos que, perdonada su vida por su bravura, soportan las curas de sus heridas y viven años en un jardín, dejándose acariciar de todos. Toros bravos que en la Plaza parecen mansos, sin que nadie pueda sospechar, que la culpa es de una varilla de paraguas que les atraviesa el hígado, o de unos sesos menos de los corrientes...

¿Quién puede asegurar que sabe algo de estas cosas?

ADOLFO BOLLAIN

Manolito Bienvenida



# VERSOS TOREROS Gracia y sabor de la escuela sevillana

En las mujeres, la gracia,  
la sal, la vida... ligera.  
En el vino, la solera;  
la dorada aristocracia  
de Jerez de la Frontera.  
En el "cante", la alegría,  
el son de la bulería  
que se desgrana gitana.  
Y en el ruedo...  
en el ruedo, la belleza,  
la gallarda ligereza,  
la florida filigrana  
de la escuela sevillana!

¿Que la rondeña es mejor?  
No, señor.  
Es más firme, más templada,  
más honda...; pero, ¿mejor?  
Esta es ágil y florida,  
"tié" más olor, más sabor...  
y a mí el sabor y el olor  
son... las cosas que me gustan en la  
[vida.

¿Qué lo duda? Asómese  
a este cuadro; mire usted  
la Maestranza en Sevilla,  
ruedo de oro, cielo y añil.  
¡Un chato de manzanilla  
que se ha hecho feria de abril!

Plaza llena, calor de horno,  
donaires por los tendidos,  
y los sentidos  
dormidos  
entre el sueño y el bochorno.  
Suena el clarín; sale el toro.  
Hay un capote de gasa  
que se ota,  
y hay una mujer bonita  
detrás de un capote de oro,  
para no ver lo que pasa  
entre el negro y el rubí...  
¿Que el capote no es de gasa?  
Mire usted a ver si mentí.

¿Qué ve el ciego? Casi nada;  
la planta es tan pinturera,  
tan garbosa y tan salada,  
que se ha hecho el toro de cera  
antes de dar la arrancada.  
En el lance soberano  
se siente el toro... ¡gitano!,  
quebradizo...  
¿Qué soplo de maravilla!

¿Se fijó el extraño que hizo  
al volver  
para no dar la cornada?  
Es que el toro es de Sevilla,  
¡por si no lo sabía usted!

El quite no quita nada;  
borda la cuerna afilada  
el traje con gallardía,  
y el torero  
pinturero  
se adorna por bulerías...

"Este torito toro  
de seda negra...  
es un torito de azúcar,  
de jazmín y de canela."

Como una copa vacía  
estaba la tarde fría  
y está de gracia abrasando...  
Todo fácil y sencillo.  
¿No ve que está toreando  
un "serafín" de Murillo?

Si huele la tarde a brote  
de primavera,  
¡qué olor  
en las rosas del capote  
de gasa y de terciopelo!  
El capote de Ricardo,  
de José,  
de "Rafaé",  
de Chicuelo,  
de Manolo Bienvenida,  
del niño de San Bernardo...  
¡huele a rosas!,  
y a mí el sabor y el olor son las cosas  
que me gustan en la vida...

Después, en las banderillas,  
con qué primor milagroso  
revuelan las zapatillas  
como palomas prendidas  
con hilos al redondel...  
¡Qué dorada mariposa!  
¡Cómo reluce el cairel  
al burlar acometidas!

Los pliegues de la muleta  
van chorreando cantares...  
y el torero es un poeta  
que temple por soleares  
y... se duerme en la falseta.

"Más daño que este enemigo  
me están haciendo tus ojos  
cuando tropiezan conmigo."

Maravilla  
de la escuela de Sevilla,  
la gallarda,  
la florida...  
Está dicho... ¡la mejor!...

¿Consejo? A quien se lo pida.  
¡Usted no entiende, señor!!

MARTINEZ REMIS



**Ha muerto Emilio Torres, Bombita.--Cogida y triunfo de Manolete en Méjico.--Lorenzo Garza, agredido primero y detenido después.--Uno de los mayores escándalos que registra la historia del toreo.--Conchita Cintrón sigue triunfando. Presentación afortunada de Augusto Gomes en Bogotá.--Machaquito cortó orejas en Caracas. El ganadero señor Cid, herido por una res de su propiedad**



Manuel Rodríguez, Manolete

El novillero portugués Augusto Gomes

Machaquito, novillero español que ha triunfado en Caracas

EN la finca El Manzamo, enclavada en la provincia de Salamanca, se verificó la tiente de 48 vacas de la ganadería de don José Manuel Gómez. Las faenas fueron dirigidas por el matador de toros Belmonteño, auxiliado por el novillero Guerrita Chico y los hijos del ganadero, Ramón y Julio. Las reses dieron excelente juego, y Belmonteño toreó mucho y bien.

—En el Club Taurino Madrileño pronunciará el próximo día 25 una conferencia el crítico taurino de «A B C», don Manuel Sánchez del Arco («Giraldillo»). El día 1 de febrero ocupará dicha tribuna el crítico taurino don José Alarcón («Alardi»); el día 8, el competente aficionado señor Bollaín; el día 15, el maestro Romo, y el 22, el director de EL RUEDO, don Manuel Casanova.

—Según ha manifestado Comaró, Manolete estará en Nueva York con tiempo suficiente para embarcar, el día 17 de marzo, en un buque que haga la travesía a España en siete días.

—Luis Procuna ha asegurado que en la próxima temporada toreará en España. Dijo también que había firmado un contrato con Andrés Gago para la corrida de su presentación en Sevilla, en el próximo mes de abril. Antes de embarcar toreará tres corridas en Bogotá, y dos en Caracas.

—La actuación de Lorenzo Garza en la corrida celebrada el día 5 del corriente en Méjico fué mala. Garza estoqueó un toro a los dos minutos y medio de haber tocado a matar, y esto fué causa del disgusto del público y del envío de centenares de telegramas al gobernador del Distrito Federal, Fernando Casas Alemán, en los que se pedía una sanción contra Garza. La Junta General de Espectáculos ha considerado la actuación de Garza poco meritoria y de burla para el público, y ha impuesto al torero una multa de 1.000 dólares.

—El pasado viernes se abrió el pliego único presentado a la subasta para el arrendamiento de la Plaza de Toros de Zaragoza. El tipo de subasta era de 345.000 pesetas, y el pliego presentado por don Manuel Martínez Elizondo, de San Sebastián, eleva la cantidad a 388.888. La diferencia entre la cantidad suscrita y la de 485.000, que daban los empresarios anteriores, habrá de ser satisfecha por éstos según indica el contrato. El señor Martínez Elizondo ha sido empresario de la Plaza de Zaragoza otras dos veces.

—El domingo, día 12 del actual, reapareció Parrao, totalmente restablecido, en la Plaza de Ocampo (Méjico). El madrileño toreó con el mejicano Salomón López reses de San Pedro. Parrao cortó orejas y rabo en su primero y una

oreja en su segundo. Salomón López estuvo valiente.

Pablo González fué contratado para actuar nuevamente en Ocampo. Alternará con Morenito de Talavera.

—El sábado, día 18, se celebró el acto anunciado en los locales del Club Taurino Madrileño. El poeta Rafael Duyos leyó una semblanza, en verso, de Cristóbal Becerra. El señor Becerra, aquejado de fuerte afonía, dió las gracias a los asistentes y entregó las cuartillas que había preparado al actor Juan Córdoba, quien las leyó magistralmente. Becerra, en su trabajo, después de dedicar un emocionado recuerdo a la memoria del infortunado Eduardo Liceaga, analiza el tema «El drama, las vicisitudes y el dinero del torero», para sacar la consecuencia de que cuanto más se agranda la figura del torero, menos se pertenece. El dinero del torero es, según Becerra, engañoso, y en el caso de toreros de tipo medio, no es oro todo lo que reluce. Anunció Becerra que para la temporada próxima abundará el toro cincheño. Cristóbal Becerra fué aplaudido con entusiasmo.

—En Aldeaquemada, Antonio y Juan Bienvenida torearon 20 vacas procedentes de la ganadería de don Vicente Martínez, reses que ha adquirido el ganadero Francisco Marín Marcos.

—En la finca que en Extremadura posee el ganadero señor Fernández se ha efectuado la tiente de 25 vacas, que dieron buen juego. Dirigieron las operaciones los novilleros Luis Redondo y Luis Peña, que torearon muy bien y fueron muy felicitados.

—A las ocho de la mañana del domingo, día 19, falleció en su casa de Sevilla el que fué famoso espada Emilio Torres Reina, Bombita. Descanse en paz.

—La Empresa de la Plaza de Toros de Sevilla tiene casi ultimados los carteles para las corridas de feria de abril. Carlos Arruza toreará dos corridas. Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín, tres, y Antonio Bienvenida, dos. Hay puestos vacantes, que cubrirán algunos de estos tres toreros: Rovira, Andaluz y Vito. Se reservan fechas para Luis Procuna.

—En la Plaza de Méjico (capital) se celebró el domingo, día 19, una corrida de toros, en la que alternaron Lorenzo Garza, Manolete y El Vizcaíno. Las reses, de San Mateo, mansas y desiguales. Garza, que había sido multado por su apatía en la corrida última que toreó en Mé-

jico, estuvo desganado en sus dos toros, y su actuación fué protestada. El Vizcaíno, muy valiente, fracasó. El primer toro de Manolete fué desuelto a los corrales por pequeño. En su lugar se lidió otro, con el que Manolete no pudo lidiarse, y por ello prometió lidiar otro en séptimo lugar. A su segundo lo toreó el de Córdoba colorado, salientemente con el capote. Comenzó la faena con cinco naturales, que arrancaron cinco ovaciones. Dos naturales más, y al iniciar el tercero, fué prendido por el muslo y volteado. Como Manolete había quedado solo con el toro, los peones tardaron en hacer el quite, y Manolete fué cornado de nuevo y volteado otra vez. Cuando las asistencias llevaban a Manolete hacia la enfermería, éste logró desasirse de los que le sujetaban. Volvió al toro y siguió toreando por naturales, de pecho, por alto, por bajo, molinetes y manoletinas. Mató de un estoconazo. Le concedieron las dos orejas y el rabo. No pudo dar la vuelta al ruedo, y conmocionado pasó a la enfermería, de la que no salió, y, por consiguiente, no pudo lidiar el séptimo toro que había prometido. El público increpó a Garza y El Vizcaíno. Con este motivo se produjeron diversos escándalos. El oficial que mandaba las fuerzas de Orden público ordenó la retirada de éstas, y los escándalos arreciaron, y parte del público invadió al callejón y agredió con almohadillas a los toreros. Un espectador profirió insultos contra la familia de Garza. Este intentó saltar la barrera, y el espectador le dió un almohadillazo. Garza trató de repeler la agresión con una espada, entonces intervino la fuerza pública, que detuvo a Garza, a su agresor y a bastantes espectadores. Garza declaró que no era culpa suya lo sucedido en la Plaza, «cuando no hay toro que se pueda lidiar». Es posible que Garza pase quince días en la cárcel. El público destruyó todo cuanto le vino en gana.

Después de la corrida del domingo en Méjico, fué trasladado a la prisión preventiva El Comen el diestro Lorenzo Garza. Las principales figuras de la forería mejicana dirigieron un telegrama escrito al gobernador del Distrito Federal, Fernando Casas Alemán, conminándole para que pusiera inmediatamente en libertad al detenido. Garza ha sido puesto en libertad provisional después de haber hecho efectiva una multa de 2.000 dólares.

—Con gran entrada se celebró en Bogotá la quinta corrida de la temporada. Conchita Cintrón triunfó nuevamente. En su segundo lo toreó muy bien a caballo. Le hizo una colosal faena y lo mató de un estoconazo. Dos orejas, rabo y dos vueltas al ruedo. El portugués Augusto Gomes, junior, gustó mucho y fué ovacionado. Antonio Marqués, mejicano, regular. El primer domingo, Conchita Cintrón celebró su beneficio.

—En Caracas lidiaron novillos de Guatimero los españoles Machaquito y Armillita y el peruano Diamante Negro. Machaquito dió vueltas al ruedo en su primero y cortó las dos orejas de su segundo. Armillita y Diamante Negro fueron ovacionados.

—El ganadero de Arcena don Juan Cid Calonge fué cornado por una res de su propiedad cuando intervenía en las faenas de tiente. Las heridas que sufrió el señor Cid no son, afortunadamente, graves.

**BLENOCOL**  
Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



# LA VIDA AVENTURERA DE PACO ROYO (Lagartito)

La serie de biografías de toreros de ayer o de hoy podríamos resumirlas en dos grupos: el de aquellos que lo debieron todo a su portentosa personalidad y el de los que todo lo fiaron a su esfuerzo, sin que esto quiera decir que el genio, la personalidad, no precise de esfuerzo, ni el esfuerzo de la colaboración de algún atisbo genial.

Los primeros excitan más la admiración de la afición, al paso que los segundos atraeron siempre sus simpatías.

En los consagrados, las faenas que les dió fama y renombre nos parecen más fáciles, más espontáneas, a manera de un don reservado a los elegidos. En otros muchos casos, en cambio, la conquista de la popularidad se debe al esfuerzo de una férrea voluntad puesta al servicio de un corazón valeroso.

A esta segunda clase, a los hombres que lo debieron todo a su tesonero empeño, pertenece el torero aragonés Francisco Royo, Lagartito.

## ¡UN «CHALAO»?... ¡UN VALIENTE!

1902. Nace Paco en Belchite. Desde los primeros años tiene que luchar con la pobreza de su condición y la necesidad de su trabajo. Descendiente de una modesta familia de tratantes de caballerías, recorre con las recuas de mulas las ferias de la región navarro-aragonesa. Y primero como espectador, luego en calidad de intérprete, asiste a cuantas corridas pueblerinas se organizan como número obligado de los programas de fiestas.

Consigue vestir por vez primera el traje de luces en Estella, saliendo de sobresaliente en dos corridas para lucimiento de los hermanos Nacional.

El novel torero abandonó el negocio familiar para hacer su primera salida, sin un céntimo, pero lleno de ilusiones. Una vez en Estella, se dedicó a convencer a los Nacional para que le dejaran matar un novillo. Al principio, parecieron acceder, pero luego fueron dándole largas, acabando por olvidar los deseos del principiante.

Cuando se abrió la puerta del chiquero para dar salida al sobrero, Lagartito se fué para el toro y abriéndose de capa, le dió varios lances con todo el coraje de que era capaz. Luego, en los quites, se arrojó tanto, que al público le dió la impresión de que se trataba de un tipo disparatado que se jugaba alegremente la vida.

El público se dividió en dos sectores. Unos, partidarios de espectáculos fuertes, pedían al presidente que dejase actuar de matador a aquel suicida. Otros se oponían, augurándole la inevitable tragedia. El presidente se puso de parte de los primeros, y el belchitano mató el novillo de una estocada hasta el puño, no sin haber meditado una espeluznante faena de muleta. El eco de este éxito inicial llegó hasta Zaragoza, donde fué contratado para torear en una corrida económica ganado de Encinas.

Consolidó los felices presagios, pues lo repiten varias tardes, y hasta se le abren las puertas de la Plaza de Barcelona, donde actúa el 13 de agosto de 1922, ya con picadores. Tan bien quedó, que esta temporada toreó en esa Plaza tantas corridas —dieciséis años— como pudo torear.

En Madrid consiguió, como novillero, el entusiasmo popular más cálido y próximo que en ninguna otra parte. Y en Sevilla hizo el raro milagro de que, a un torero baturro, la multitud, entusiasmada, tras de concederle cuatro orejas, lo pasearan en triunfo por Triana, hasta la puerta del Club Joselito. El 19 de julio de 1926, Valencia II le otorgaba la alternativa en Barcelona. Y la confirmaba en

Madrid, en octubre del mismo año. En ambas cortó orejas.

## ANDANZAS POR TIERRAS DE AMÉRICA

Hacemos gracia al lector de otros detalles de este valeroso torero, para destacar una faceta tan singular como interesante: su afán de aventuras.

Concibió la idea de trasladarse a América, deslumbrado por el mito de las fabulosas ganancias.

Recorrió toreando Centro y Sudamérica, y en las seis temporadas cosechó triunfos. En Suiza hay buenos aficionados que no regatearon sus aplausos al valeroso aragonés.

En Panamá era costumbre de que no actuaran los picadores. Lagartito consiguió revocar esta orden. Picadores, él los llevaba diestros en su cuadrilla; pero ¿dónde encontrar caballos? El conflicto quedó arreglado tras laboriosas gestiones, consiguiéndose que un cochero accediera a prestar dos de sus mejores jacas para la corrida.

Al hombre se le hizo ver que los caballos no correrían el menor peligro, ya que la pericia de los picadores bastaba para sacar indemnes a las cabalgaduras. El primer toro se encargó de rebajar las optimistas predicciones. Y en menos que canta un gallo yacían en la arena, desanzurradas, las inocentes víctimas. Innesario es decir que el maestro y la cuadrilla hubieron de salir disfrazados de Panamá para eludir los fieros desahucios del desesperado auriga.

## EL REGALO DEL GENERAL GOMEZ

En Venezuela, Lagartito fué huésped de honor del general Gómez. Concluidos los compromisos en tierras venezolanas, a instancias del españolísimo Presidente de aquella República, Paco Royo toreó en la Plaza de Toros que el viejo general había hecho construir en Maracay.

Se lidiaron cuatro toros de la ganadería del Presidente, y el torero español obtuvo uno de los éxitos más completos de su vida. Realizó una faena de escándalo apoteósico al toro Formalito, al que por su brava pelea se perdonó la vida por unánime petición del entusiasmado público. En recuerdo de la memorable corrida, Lagartito donó a don Juan Vicente Gómez la espada y la muleta que había utilizado. El general le correspondió haciéndole entrega de un bastón de ébano con empuñadura de oro.

A los pocos días se repitió la fiesta, esta vez en honor de unos turistas ingleses. Y a punto estuvo de fatales consecuencias para el torero. Uno de los at-



Lagartito, matador de toros

tados le infirió una cornada de importancia. Lagartito, para que la fiesta no se truncara en su principio, no consintió ser curado hasta dar muerte al toro de la cogida y a otro que había amunicado.

## UNA CORRIDA DE CEBUS

En Colombia intervino, con otros espadas españoles y mejicanos, en la temporada oficial. La última corrida se celebró en una capital del interior, llamada San Cristóbal. La corrida se celebró en un angosto local cubierto, utilizado para reñidero de gallos. Como los toros habían evidenciado gran mansedumbre al retirarlos a los corrales el día anterior, se decidió, a última hora, sustituirlos por cebus.

## QUINCE CORRIDAS SEGUIDAS EN PARÍS

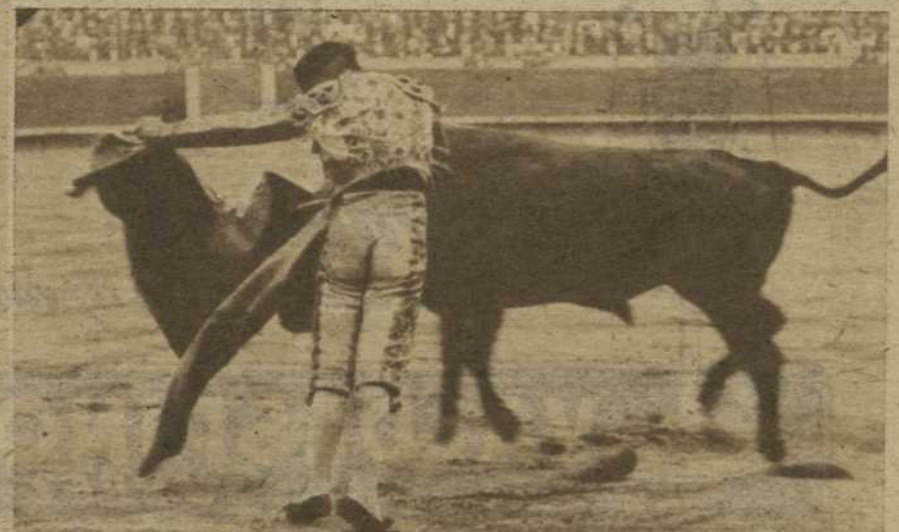
Regresó a España en la primavera de 1941, pero no para quedar inactivo, sino para cumplir compromisos contraídos en Portugal. La última corrida tuvo a Santarem por escenario, llevando de compañeros a Arruza y Rangé. En España se vistió de torero por vez postrera en Tarragona, lidiando reses de Galache, con Chiquito de la Audiencia y Pedrucho. Quedó muy bien y cortó orejas.

Este singular torero, decidido siempre a alcanzar esa fortuna que dicen llevan los toros en los pitones, ha toreado hasta en París, en quince corridas organizadas por Pedro Pouly en el Palacio de los Deportes, convertido en tauródromo.

## EL ADIOS A LOS TOROS

Desde hace tres años, Lagartito vive tranquilamente, disfrutando el bienestar conquistado a fuerza de abnegados esfuerzos. En la actualidad está entregado a sus aficiones camperas, a la labor de sus tierras y al cuidado de una ganadería en embrión, emplazada en los montes de Osera.

F. MENDO



Francisco Royo, en la actualidad

Una verónica del torero aragonés

# ANTES Y AHORA

## LA DEGENERACION EN ALGUNOS ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Ha perdido carácter la actuación de los subalternos

OPINA don Natalio Rivas, el ilustre académico, tan notoriamente versado en cosas de fauromaquia, que la lidia actual es inferior a la de antaño, y que este decaimiento se debe a la forma en que llegan a ser matadores los toreros. Según su dictamen, la llegada normal a la primera jerarquía en los ruedos debe ser, como en tantas profesiones y actividades, desde abajo. Es decir, que antes de figurar como espada se deben haber ejercido las funciones subalternas. Antiguamente, los toreros debutaban como peones de brega y banderilleros, pasaban a matar novillos y terminaban como jefes de cuadrilla. Y ahora, los muchachos comienzan por arriba, permanecen un corto espacio de tiempo en la zona de la novillería y se hacen de modo demasiado rápido, sin la debida preparación, matadores de toros. Esta apreciación, que no discuto ni va a ser el tema de mi presente comentario, tiene una cierta conexión con algo que desde hace tiempo me tentaba tratar: la decadencia manifiesta en los dos primeros tercios de la lidia, por una sensible degeneración de los específicos trabajos que en una corrida tienen los distintos elementos que en ella toman parte. La misión del subalterno es de mucha importancia. Complementa la labor del espada, y ha habido tan excelentes banderilleros y picadores, que durante mucho tiempo, antes de ahora, la actuación de estos toreros más modestos constituía por sí misma un aspecto interesante, fundamental, del espectáculo. ¿Por qué la desvalorización que indudablemente se ha producido? He aquí una cuestión, que sería erróneo considerar baladí, que, a mi modesto entender, tiene verdadera importancia. Son tantos los motivos y causas que concurren en la depresión, baja evidente del nivel artístico en la diversidad de factores de una corrida de toros, que para los buenos aficionados, y más aún para quienes tienen responsabilidad directa en la marcha que lleva la fiesta nacional, debe ser importante todo lo que origina estos descensos, como ha de serlo, con mayor razón, lo que pueda contribuir a levantar el tono de la lidia como función pública.

Una de las cosas que influyen en la situación actual es el giro que ha venido tomando la actuación de los matadores. Se supedita todo a esta faceta de la corrida. La prepara-



ción para que la faena sea vistosa, para que el diestro se luzca, es lo único que realmente interesa. Los peones "trabajan" sin que les sea reservada ya ninguna parte de lucimiento. Todo es ayudantía, misión de complementar. No se dan cuenta —ni ellos ni sus jefes, que por algo se llaman "directores de lidia"— de que la gente que ha acudido a la Plaza, pagando unas localidades que no son nada baratas, quiere ver "todo" lo que constituye una tarde completa de toros. Se ha suprimido casi totalmente el tercio de quites, tal como se hallaba organizado. El matador es el encargado de "quitar", que quiere decir llevarse el toro, a la salida de las puyas, con la doble finalidad de evitar un posible accidente al picador de tanda y de ofrecer al público la nota de arte y de destreza del toreo de capa, uno de los momentos más bellos y sugestivos de la fiesta. Ya apenas se producen quites con aquel sabor de competencia, de superación, que se ofrecía antiguamente, cuando los matadores ri-

de deficiencia y de mediocridad las más de las veces.

En cuanto a la participación de los varilargueros, no digamos. La suerte de varas era una de las fases más brillantes de la corrida. Se picaba sin pensar en lo que "convenía" hacer al astado para que el matador lo encontrase después a su gusto. El picador actuaba por su cuenta para desempeñar su función. La autonomía entre las suertes era absoluta. Cada cual su menester, con el legítimo afán de lucirse, y ello determinaba que hubiese justas famas y popularidades. Ahora, con la "carioca", el recargar en la suerte, los puyazos sin arte ni destreza, sólo para agotar,

caigan donde caigan, en un espectáculo sencillamente deplorable, este tercio ha perdido su rango. Y resulta que, suprimidos los quites, en lo que se refiere a la obligada participación de los matadores, y envejecido el tercio de varas, con la forma que ha llegado a tener, sólo queda la faena. A ella se subordina toda. Y sólo se ve algún pase suelto, una serie de naturales —cuando se pueden dar—, los molinetes, las manoleínas, los de la firma, y a matar. Pero, ¿se mata? Por

menos, ¿tiene la hora suprema la belleza y el sentido de riesgo, de gallardía, de virilidad, que tuvo antiguamente? También este momento ha cambiado. No hablemos de "recibir", porque esta forma se ha hecho prehistórica; ni del volapié, que apenas se da. Todo eso es puro recuerdo. Y es que también, triste es reconocerlo, el público ha bajado de tono y se conforma con la mínima expresión. Ni tercio de quites, ni banderillas que despierten admiración, ni puyas como se deben poner, ni estocada decorosamente realizada. ¿Qué queda de la antigua concepción de la corrida? La culpa está en el concepto que los subalternos tienen de su misión. Y en que todo se supedita a un aspecto: el de la actuación del matador, con la muleta. Si se cuentan los minutos que han de invertirse forzosamente en todos los trabajos complementarios, lo que suelen tardar en matar hasta los más fáciles con la espada y lo que significa el cortísimo período de la faena, y en cada corrida se descuenta todo lo que es ayuda, preparación, complemento, sin presentar carácter fundamental, ¿qué queda? El porcentaje de tiempo que como verdadera atracción se brinda al público se reduce al mínimo.

valizaban en la exhibición de diversas formas de lancear. Los banderilleros sustituyen al espada en este tercio, que es uno de los que han bajado de tono. Y castigan implacablemente al toro para agotarlo. En tanto, la gente se aburre, con la sola esperanza de la hora "cumbre", la faena de muleta, que no por estos auxilios y desvirtuaciones es luego una compensación, porque, a pesar de tantos preparativos y de tantas previsiones, sale bien cuando sale, y se mantiene en rasante

FRANCISCO CASARES

RECORDANDO

Inocente  
es el vino para copiar

VALDESPINO  
JEREZ



# CUATRO REFRIITOS DE TOROS, POR TILU



EL BRINDIS

—Sí, le brinda así porque es sordo como una tapia...



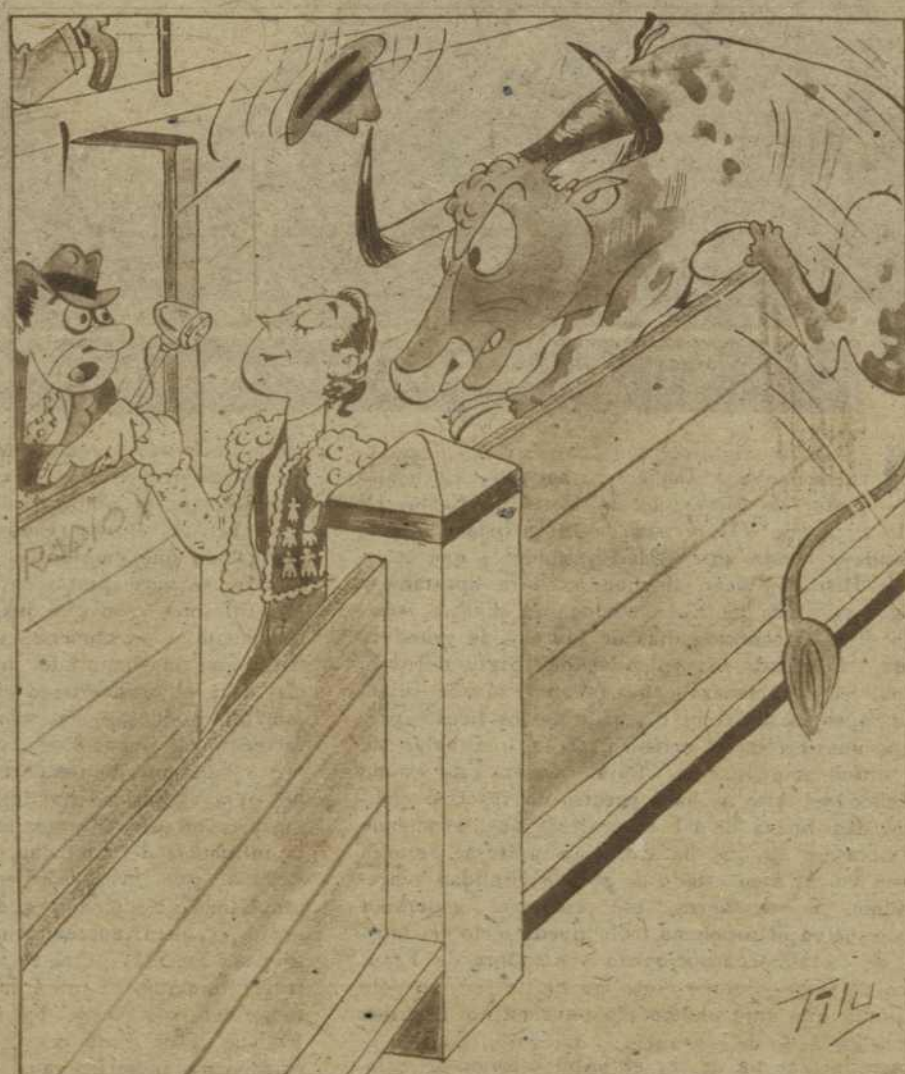
«RECIBIENDO»

— ¡«Dita» sea! ¿Y habrá quien diga que esa media no está en to lo arto..?



NOTICIARIO

—¿Quiere hacer el favor de repetir el percance...? No me dió tiempo a cogerlo...



MICROFONO

—... y después de saludar a la afición, decirles que estoy muy tranquilo y seguro de salir muy «airosamente» esta tarde...

LAS INFLUENCIAS  
Y EL ESPAÑOLISMO

«Goya» (autorretrato).— Museo del Prado (Madrid)

**M**EDIA el siglo XVIII (1746) cuando Francisco de Goya y Lucientes, andando el tiempo pintor de cámara en la Corte de Carlos IV y de Fernando VII, y uno de los artistas de más acusada y honda sensibilidad psicológica que conoce la Historia, viene al mundo en la apartada y aragonesa aldea de Fuendetodos. La pintura española, que ha conocido días de lauro y de grandeza suma, finiquitado el esplendor del Siglo de Oro, empalidece y amenaza con una apoteosis de ruinoso decadencia. El color desvaído de los lienzos presagia una esclerosis artística, a la que había de ser difícil sobreponerse. Para vencer este estado anémico del Arte se hace preciso un reactivo energético, una fuerza de tal naturaleza, que, venciendo el marasmo en que ha caído la pintura, permita a ésta volver a su estado de mayor vitalidad y predominio. Y esa fuerza, ese elemento generador que resuelva el problema, sólo puede serlo un hombre de la talla concepcionista y creadora de Francisco de Goya. Porque Goya no ha de ser tan sólo el pintor que ante un modelo para retrato imprima a éste ese sello de elegancia y decorativismo que le caracteriza, no ha de ser el hábil creador de colores jamás conocidos en la historia de la pintura. Goya ha de ser más, mucho más, porque su obra en general, ahondando en las fibras más sensibles del sentimiento humano, llegará a dejar al descu-

bierto los vicios y ruindades de una sociedad y de un mundo que se debatía agonizante en sus propios defectos, que el pintor se regodeaba en exponerlos. Y el artista, el observador, crítico severo de una generación que empieza a adormecerse y a anquilosarse, se hace pintor, y, a la vez, el pintor se hace filósofo, y en este juego de inclinaciones temperamentales va naciendo una nueva época para el Arte, que, deslumbrado de su propia magnificencia, dará el último fruto en sazón, tal vez para ya jamás reproducirse con semejantes y grandiosas características. Goya, llegada la mocedad, es un espíritu inquieto, un temperamento nervioso y agitado, para el que no ha llegado la hora del raciocinio y la mesura. Francia está cerca, tan cerca, que la influencia del ambiente empieza a respirarse en España, que insensiblemente se extranjeriza. Un «snobismo» anticipado prende en el ánimo de las gentes, y un afrancesamiento que amenaza con tergiversar las más puras esencias hispanas prende en las costumbres, en el ánimo y en las actividades todas del país. Goya ha escapado alguna vez a Francia, y de Francia nos trae aquel elegante «decorativismo pictórico», aun latente en las postrimerías del XVII, todavía prendido en la pintura detallista —y efectista—, muy propia de los salones de aquellos tiempos, envueltos en las tupidas gasas de un rococó ya un tanto desvaído. Impera a la

sazón esa elegancia sutilísima de Watteau, junto a cierto sensualismo graciosamente delimitado de Boucher y de Fragonard, de Baudouin, Moreau o de Agustín de Saint-Aubin. Nattier ha dado ya la belleza de su señorial policromía; Greuze, la delicadeza de «El cántaro roto», y Janinet, el lindo retrato de María Antonieta, reina de Francia. Goya, al fin y al cabo —corriente de la época—, es demasiado ladino para prescindir al principio de la influencia francesa, expuesta en la belleza frívola y decorativa de sus cartones; mas, al fin, desprendiéndose del fardo dorado del afrancesamiento, olvidando ese clasicismo académico de Tiepolo, de Mengs, de Bayeu y de David, que priva en la Corte empingotada de Napoleón I; olvidando las recortadas líneas de la pintura en boga, se mete en la órbita de lo popular, vuelve a su españolidad de origen. Goya, que ha tenido ocasión de estudiar los cielos deslumbradores de Tiepolo, se pasa afanosamente al costumbrismo. No olvidemos que hay que apreciar al Goya costumbrista, no en los modelos para tapices, necesariamente enfáticos y efectistas, sino en los lienzos finales que mejor lo representaban. Y he ahí cómo la gracia licenciosa y el ingenuo bucojismo de los pintores de Versalles cede su paso a lo democrático y castizo, al ambiente de la calle, a la estridencia bullanguera, a toda manifestación entusiásticamente popular, y cómo los toros no son sino el resumen de todo el espíritu nacional, entran, como no podía ser menos, en la pintura española de la mano de don Francisco de Goya y Lucientes, con cuyo arte polifacético se ponen los primeros y más firmes puntales para el gran edificio de la pintura taurina, que se ha de levantar en activa labor constructiva en tiempos sucesivos. Acabamos de ver cómo ha nacido con «La Tauromaquia» y con los retratos de toreros una nueva temática en el Arte, que encuentra un ancho y luminoso campo de exploración. La fiesta de toros se aristocratiza, adquiere prestancia y señorío desde este momento. Lo chabacano y lo plebeyo, lo ordinario que merodeaba en torno a las corridas, se difumina y disuelve en las sombras; el ambiente todo se elegantiza y depura, y el torero, suprema manifestación de las corridas, rey y señor de la arena, como los antiguos y estoicos gladiadores romanos, sube hasta el gran palco o balcón del Arte, para asomarse, sin remilgos de equivocada modestia, entre reyes y duquesas, figurones y cortesanos, al gran plano de la actualidad, que da vista al luminoso panorama nacional. Goya ya no es el discípulo espiritual del Tiziano. Ha recordado que es español —español y baturo—, y su pintura vuelve a los cauces de los que nunca debió salirse. Como dice Gómez de la Serna, se encuentra una pintura cortésana influida por Mengs, es decir, por el espolvoreamiento de lo suave y lo blanquinoso, que compone estructuras grisáceas, y Goya desempolva de esa frivolidad el Arte y le devuelve la verdad de sus colores, el estilo delirante de sus más vivos tonos. Y Goya, como dice RAMÓN, se convierte en «el gran español Goya», que, españolizado en suma, había de elevar el rango y la suprema dignidad de los toros a ese plano, en parte inasequible, de lo artístico y museal.



Un derechazo



Toreros célebres: Francisco Aparici, Fabrilo